

Daniel Moyano
DANIEL MOYANO

M A R I A V I O L I N

Unos duraznos blancos y muy dulces

Por los años 42 o 43, en Alta Gracia, mi primo y yo íbamos todos los jueves a la plaza Manuel Solares, a la hora de la retreta, para vengarnos de que no nos dejaran estudiar música, que era nuestra vocación. La venganza consistía en llegar de golpe a las espaldas del director, un tal Ocampo, justo cuando éste levantaba la batuta para atacar la primera pieza del concierto, y eructar a dúo, lo más fuerte posible, ante el escándalo de las viejas que tejían en los bancos cerca de la pérgola y del propio Maestro, que se agarraba los pocos pelos que tenía y nos insultaba en voz baja pero concentradamente. Podíamos eructar a voluntad tragando aire primero y soltándolo luego con distintas aberturas de boca, regulando intensidad y altura según nuestras intenciones. Una manera como cualquier otra de hacer música, en este caso de percusión.

Un poco más arriba, y cerca del Sierras Hotel, vivían los padres de un compañero de colegio, físicamente muy ágil que se llamaba Ernesto y era asmático, y más o menos siguiendo la misma dirección pero hacia la izquierda, en un chalet que se llamaba «Los espinillos», un viejo cascarrabias, flaco y calvo, que se pasaba los días y las noches componiendo música. La misma que nos negaban a nosotros, por no tener piano, por ser muy pobres o malditos, qué sé yo; el hecho es que cuando aparecimos por el Conservatorio y nos vieron la pinta, una mujer alta y barbuda levantó un dedo índice que, por las palabras que lo acompañaban, en cualquier momento se transformaba en un garrote, y nos señaló la puerta de calle. Retírense de aquí inmediatamente, decía la boca de la vieja, ayudada por el dedo índice que se agitaba enorme por encima de su cabeza.

Lo que pasa es que tanto mi primo como yo éramos conocidos en el pueblo por andar recogiendo las sobras de los platitos en los bares, los higos que caían por encima de la tapia desde el interior de una finca a la vereda, cualquier cosa comestible que alguien dejara por

12/10
MEMORIAS

ahí o simplemente se le cayera. No nos dejaban entrar ni en el cine ni en los bares, salgan de aquí malditos pediguéños nos decían en las fiestas de bautismo o casamiento, y en las kermeses y en los circos nos toleraban hasta que nos conocían.

Por eso siempre andábamos, mi primo y yo, por las orillas de las cosas, nunca en su centro, nunca mirándolas de frente. Vivíamos de soslayo. Y nos miraban del mismo modo. Eructábamos los conciertos del maestro Ocampo para que al menos para corrernos o amenazarnos con llamar a la policía, nos miraran de frente. Y sobre todo porque nos divertía.

A veces el maestro, antes de comenzar, echaba una mirada alrededor y viendo que no estábamos atacaba inmediatamente sin darnos tiempo para la sorpresa, casi siempre alguna cosa de Rossini o von Suppé. Como conocíamos las obras de memoria, aparecíamos unos segundos antes de algún silencio significativo en la partitura y se lo eructábamos todo, tantas veces como tiempos tuviera el compás. Esto provocaba automáticamente un cacareo de viejas (que aprovechábamos para escapar), golpes de batuta sobre el atril interrumpiendo la ejecución, y el inmediato *da capo* que el director ordenaba pronunciando la palabra con la entonación de un conocido insulto. Y claro, con esos antecedentes era normal que la barbuda nos echara del Conservatorio.

Y esa vida a los saltos y ese andar siempre por las orillas comenzó cuando terminamos el curso de solfeo para entrar en la Banda Municipal, pero tuvimos que dejar porque no alcanzaban los instrumentos donados por el Círculo de Damas. Yo le había echado el ojo a un flicorno tenor y mi primo a un requinto que era una delicia, pero el maestro Ocampo prefirió dárselos a los alumnos que habían obtenido mejores calificaciones que nosotros.

Por eso le eructábamos los conciertos al viejo maldito.

♦

Parece que mi primo y yo le caímos bien a Ernesto, que una vez nos invitó a su casa, enorme y hermosa, en lo alto del pueblo, a tomar el te como si fuéramos niños educados. Había oído hablar de nuestras

perrerías al maestro Ocampo, y nos pidió que eructáramos. Pero no nos animamos porque teníamos vergüenza de su padre, que se llamaba Ernesto como él.

La última vez que lo vimos fue aquel verano que con mi primo planeamos un robo en el chalet del viejo calvo. Había un duraznero en su jardín, de esos duraznos blancos y tan dulces, que cuando maduran son rosáceos por fuera pero por dentro enteramente blancos y jugosos. Sabíamos a qué horas el viejo componía y a qué horas dormía la siesta, y a qué hora una mujer que lo cuidaba y que era su hermana se recostaba en un sillón a cabecear unos minutos.

Ese día dijo mi primo:

-Podríamos invitarlo a Ernesto, ¿no?

Serían como las tres de la tarde cuando nos reunimos. Ibamos los tres subiendo la cuesta, oyendo los sonidos de la siesta en el monte, mejor dicho ese silencio donde solamente se oye el canto de las torcazas que viene muy de lejos, como del otro lado de la sierra.

-Che -dijo de pronto Ernesto-, cómo es ese asunto de los eructos.

En cuanto empezamos a probar, que era como afinar, Ernesto soltó una carcajada. Dominábamos tanto esa forma (tan válida como cualquier otra, pienso yo) de emitir sonidos, que eran prácticamente nuestras notas, nuestra forma de cantar. Teníamos a medio ensayar un *duetto* precioso, donde una de las voces intentaba ser una melodía y la otra hacía un acompañamiento de pura percusión.

Justo cuando estábamos empezándolo, el chalet del viejo se nos apareció de golpe, al fondo una ventana alta, en primer plano los duraznos a punto de descolgarse de las ramas, de tanto que los había madurado el sol y, según decían, el canto de las chicharras.

Tendimos el oído a ver si como siempre estaba sonando el piano, pero nada, el viejo seguramente dormía. Nos metimos las puntas de las camisas dentro de los pantalones, embolsándolas un poco, para guardar allí el producto de la expropiación, y saltamos la verja.

Cortábamos y guardábamos, pero al mismo tiempo comíamos. Pronto desaparecieron los de abajo y hubo que trepar, che, no suban todos a

la vez que el árbol es muy débil. Hasta que quedó un solo durazno allá en la punta inalcanzable, desparramando aroma y jugo.

-Vamos -ordenó Ernesto en voz baja- , parece que el viejo se está levantando.

Pero yo ni me moví, mirando el ejemplar de allá arriba, el más grande de todos, enorme, más que un durazno era un faisán, un melón lleno de miel, una joya sacada del fondo de una gruta.

Entre los tres empezamos a sacudir el árbol hasta conseguir el balanceo violento capaz de producir el desprendimiento de la fruta. Caían hojas y pequeñas ramas, duraznos medio secos que no habíamos visto o habíamos desechado, bichos cascarudos y un esqueleto de chicharra.

La percepción del olor intenso de las hojas cortadas llegó junto con el ruido de la ventana que se abría dando paso a esa cara espectral extraída del fondo de la siesta, y a sus palabras:

-Llevaos la fruta pero no rompáis el árbol.

Después de comer sólo los muy maduros, guardar los que estaban a punto y tirar al río los muy verdes, mi primo y yo quisimos hacer el reparto. Ernesto dijo que si él llegaba con duraznos a la casa tendría que dar explicaciones muy serias, de modo que nos cedió su parte. Nuestros padres y tíos, en cambio, se alegrarían de que lleváramos comestibles, y más que ellos nuestros hermanos y primos más pequeños.

Al atardecer estábamos sentados en el murallón del Tajamar, enfrente de la casa del Virrey Liniers. Ernesto dijo:

-Al final no cantaron el dúo. ¿Como era?

-Bueno, cantar es un decir. Lo nuestro es más bien un juego o una burla.

-Eso no importa. Dale, canten.

Afinamos otra vez (creo que afinar era lo más gracioso, por las caras que poníamos, imitando al Maestro Ocampo), pero no cantamos el dúo. Dejándonos llevar por la afinación, que nos salió perfecta, le

"eructonamos" unas especies de modulaciones mozartianas, suavísimas y dulces como los duraznos blancos, y Ernesto no paró de reír y de reír.

*

Dicen que el viejo era español. Había tenido que huir de su tierra, pero como no se resignaba a vivir fuera de ella tenía dos relojes, uno para la hora de acá, otro para la de allá, a los que daba cuerda todas las noches, a fin de que no se le paralizara su patria lejana, ni tampoco ésta que le habían prestado. Lo más importante era no perder la diferencia horaria, para que, aunque muy a la distancia, el país que dejó se mantuviera presente en el tiempo de todos los días.

Y dicen que alguien que ignoraba la importancia de ese rito llegó un día a la casa y sin que nadie se diera cuenta puso los relojes en la misma hora, que era la de la muerte. Después llegaron unos hombres de Madrid y encerrado en una caja oscura lo llevaron por el mar hasta su tierra, donde duerme todos los silencios musicales juntos.

Mi primo y yo y otros chicos que ya tocaban en la Banda merodeamos por la casa el día de su muerte, pensando que si en vez de robarle los duraznos le hubiésemos pedido que nos enseñase un poco de música acaso él hubiese aceptado. Y nos entraba la lástima y teníamos remordimientos.

El viejo se me apareció de golpe años después, en su tierra. Yo llevaba un tiempo en España, y una tarde estaba tomando tranquilamente una cerveza cuando en eso pago y me dan el vuelto y lo veo aparecer flaco y calvo como siempre, enmarcado por el contorno de un billete de cien pesetas, que hacía las veces de aquella ventana de su casa de Alta Gracia donde se asomó para decirnos que no le rompiéramos el árbol.

Con nuestro cómplice en el robo de la fruta me reencontré después de mucha vida. El encuentro tuvo lugar en las páginas de un semanario, mejor dicho en una fotografía tomada durante una nevada en Alta

Gracia, que mi memoria retenía. La revista, en un número super extra, la publicaba para ilustrar la infancia del que yacía en la foto de la portada, rematado a tiros en un pueblo boliviano llamado Ñancaaguazú. Se me saltaron las lágrimas al ver en qué estado había quedado el niño que yo conocí.

Para atenuarlas, recordando una vieja mala costumbre, le dediqué un hermoso eructo modulado, agudo, mozarteano, como quien intenta provocarle una sonrisa.

◆ ◆ ◆

MARIA VIOLIN

Estos hombres venidos de lejos no sólo habitaban en chozas miserables sino que, a la par, se hallaban obligados a sobrevivir, de repente, bajo otras costumbres extrañas, separados de sus mujeres y de sus hijos, pasando meses y meses sin hacer el amor con nadie. Esa exclusión equivale a un empujón definitivo hacia la muerte del deseo y, cuando el deseo muere, también el cuerpo se siente ya dispuesto para dejarse morir.

Tahar Ben Jelloun

Pitágoras descubrió las leyes matemáticas de los intervalos musicales valiéndose de un aparato de su invención que llamó monocordio. Este consistía en una caja de resonancia sobre la que puso una cuerda tensa apoyada por sus extremos en dos caballetes. Dividiéndola, mediante otro caballete, en dos partes exactamente iguales, comprobó que el sonido producido por cada uno de los segmentos era la octava del sonido que daba la cuerda dejándola vibrar en libertad.

(De las clases del Conservatorio)

Manuel el suramericano pasó el último invierno tocando la quena en una bohardilla de la plaza de Santa Bárbara rodeado de un Madrid lluvioso que no podía ver desde su cuarto que daba al patio oscuro con ropa colgada y goterones. Nunca un cielo limpio ese invierno con algunas nieves, y justo frente a su ventana aquella otra con hollín y cerrada desde siempre, unida a la suya por las cuerdas del tendedero, con gotas resbalando y la quena suena que te suena todas las tardes al final del trabajo, notas y gotas para ir llenando el tiempo en Madrid con veinte años por delante hasta que aclare allá en el Cono Sur, Madrid bohardilla y lluvia, tuberías herrumbradas y tejas de dos siglos, goterones por todas partes y arriba a veces, cuando escampa, un cuadrado de cielo del Greco, ceniciento.

El resto de tu vida, cabezón. Te lo dije cuando subiste al barco. Y nada de *me moriré en Madrid con aguacero*, Vallejo es de otro tiempo y otra sensibilidad. Al fin y al cabo te lo estás pasando bien en tu bohardilla de hombre solo, con tu quena, tu mate, los discos de la negra Sosa y tu trabajo de fotógrafo, le gustaba decirse a sí mismo ahora que era otro.

Ese primer invierno, tocando la quena que le enviaron por correo con aires de quena india hecha con hueso de mujer amada, así es la verdadera, dicen, mirando aquella ventana cerrada y la cuerda de la ropa por donde ruedan las gotas para caer sin ruido justo al borde de la ventana de Manuel toca que te toca, o dando vueltas por la bohardilla con las manos a la espalda y sin mujer, como Pavese sin amor ni aguacero cuando la muerte muy blanca fue a buscarlo en aquel sombrío hotel de Roma.

Cuidado con lo de Pavese, es demasiado drástico y muy poco latinoamericano, le decía a Manuel, como quien canturrea, el otro que era cuando se paseaba como exiliado de sí mismo por un Madrid fantasma o humo, Cibeles humo y Puerta de Alcalá humo solamente, o por los tres metros infinitos de la bohardilla en Santa Bárbara, noches sin cuerpo y solamente goterones en la cuerda deslizándose en la pendiente como diminutos animales transparentes, que al rozar los cristales de su

ventana caían sin forma ya, dejando de ser lluvia, para sepultarse entre las cáscaras de naranja del patiecito con ropa y zapatos y juguetes muertos cuatro pisos abajo, entre el esqueleto en que se convierte la lluvia cuando cae en los patios estrechos y se arrastra hasta los sumideros, en la tarde gris de tango, *senza mamma e senza amore*, y pensando en *qué hará a esta hora mi andina y dulce Rita de junco y Capulí*, sueños mezclados al alcohol.

En función de monocordio una prenda íntima de tela transparente apareció una mañana tendida a secar en el centro de la cuerda. El hollín de la ventana de enfrente había desaparecido, dejando ver unos visillos que difuminaban entre veladuras la figura alta y móvil de la mujer a la que pertenecía. Hembra como caída del cielo, imaginó Manuel, durante toda una noche descendiendo y ahora estaba allí, recién amanecida, junto al fuego cuyas llamas se proyectaban, con la imagen de ella, contra el frío límpido del vidrio.

El portal plateresco del edificio histórico en vías de derrumbe que estaba copiando para el ABC aparecía poco a poco en el líquido revelador aunque los ojos fascinados de Manuel viesan surgir la desnudez de la mujer sugerida por la prenda tendida en el centro de la cuerda pitagórica, dividiéndola en dos octavas justas, señales femeninas que temblaban en el líquido, sus largos cabellos flotando en drogas químicas, la paciente armonía zoológica de aquella arquitectura del amor sobrepuesta a la imagen del portal.

Y la fascinación erótica en la noche fría fría, dando vueltas en la cama solo solo. Manuel camina por sus sueños llevando un tablón cortazariano que unirá su ventana con la otra, en perfecto equilibrio se desliza, tiritando de frío encuentra el cuerpo de la mujer que durante toda una noche estuvo cayendo del cielo del Greco, penetra en él como quien atraviesa una nube, y más allá del cuerpo llueve sobre las secas mesetas del Altiplano andino, croan los sapos agradecidos y él mismo croa introduciendo un sonido en el sueño silencioso.

Manuel aguanta el frío mañanero asomado a la ventana a la espera de la aparición corpórea de la mujer de sombra que durante la noche compartió la soledad de su cuerpo, con ánimos de incorporar su realidad a lo soñado; el tablón intangible está presente en la doble cuerda del tendedero, en su centro la prenda ya escarchada parece de papel.

Ella abre su ventana y aparece blanca, entera, limpia, como un inmenso signo del deseo. Mira al hombre y al monocordio, tira de la cuerda para recogerlo pero están trabadas las roldanas. Manuel las destraba con un tirón y ella hace un gesto que enseguida es un principio de sonrisa, él empuja la cuerda y ella la recoge, el monocordio abandona con temblores rígidos el centro del tendedero, a los dos tercios de la distancia hay un acorde perfecto de ella y de Manuel, la prenda va rompiendo gotas frías, el deseo del hombre la ve como una mariposa en vuelo, y cuando ya está al alcance de las manos de la hembra que durante toda una noche estuvo cayendo del cielo él da sin querer un tirón en sentido contrario y la mariposa desanda su camino, está viajando hacia la ventana de Manuel cuando él dice que todo eso es por culpa de la helada y ella responde algo en una lengua extranjera que el suramericano no comprende, ahora sí dice Manuel dando un golpe a la roldana y ella recoge la mariposa de tela transparente tratando de explicar algo o dar las gracias, pero lo que dice suena a distancias que él no alcanza a percibir, ella está por cerrar la ventana mientras el corazón de él hace glo glo como los sapos bajo la lluvia generosa del Altiplano seco.

-¿Love, love? -dice Manuel.

-No, no -dice, moviéndose, la cabellera larga y lacia de la mujer.

-¿Amore amore? ¿Lieben lieben? ¿Amour?

-Nada, nada -responden sus manos cerrando la ventana.

¿A qué pasillo dará su bohardilla? Hay por lo menos cuatro en cada uno y además distintas escaleras. ¿Escalera derecha, pasillo dos, puerta uno?, preguntan los dedos y la boca de Manuel. Ella sonríe y dice la única palabra española que conoce, un *gracias* transpirenaico salpicado de nieves y paisajes ignorados, cada vez que le ayuda a recoger la ropa. Y es tan difícil el acceso que él piensa seriamente en pasar a la realidad el tablón del sueño y colocarlo entre las dos ventanas, son menos de tres metros (y cuatro pisos hacia abajo), apenas un salto, un par de apoyos y estaría junto a ella.

Una noche recordó que las luciérnagas, para buscar un amor, se hacen señas de luces. Prendió y apagó la suya varias veces, a la espera de que la ventana iluminada de la mujer, contra la que ella estaba apoyada, le respondiese. Pero el rectángulo de vidrios era una pura quietud reiterativa. Seguramente ella no comprendía ese lenguaje, acaso ni

siquiera conociese a las luciérnagas, viniendo como venía de un país de nieves permanentes. Apagó definitivamente su luz, y el tiempo, mezclándose con la oscuridad, penetró en su memoria llevando palabras de Pavese, *verrà la morte e avrà i tuoi occhi*, porque si no había amor podía venir lo otro, la señora muy blanca, muy más que la nieve fría.

Para espantarla recurrió a la quena. Un largo sonido del Altiplano retumbó de cumbre en cumbre andina en su memoria, y aquí en Madrid de ventana en ventana por el edificio frente a la plaza de Santa Bárbara, el sonido del ay de los collas, un *mí* larguísimo que era también una pregunta, un ¿y? que vuela sin necesidad de ser luciérnaga, un ¿y? tan solitario que en el silencio que le siguió podrían haberse oído los pasos de la muerte me anda buscando, junto a ti vida sería.

Pero en eso desde la otra ventana, que se encendió, venía en timbre de flauta dulce la chispa de la luciérnaga, sonido compañero, un *sol* diciendo te echaré cordón de seda, luego la quena *do* y enseguida la flauta dulce *mí*, primera inversión de acorde perfecto equiparable a decir amor mío, para que subas arriba, la dama fría muy más que la muerte se va, y si el hilo no alcanzare mis trenzas añadiría, y el corazón de Manuel que se desata en un *solo* de percusión recuperativa.

En el largo silencio que sigue alzan sus instrumentos para mostrárselos, pero en realidad están mirando sus cuerpos, con una concentración animal, hasta hacerlos temblar. Cuando esta comunicación se vuelve casi intolerable, la mujer sopla otra vez su flauta, echa a rodar un *re* alto y blanco como ella, que penetra hasta el corazón del hombre con el propósito de normalizar su percusión, objetivo que alcanza inmediatamente porque los cuerpos han sido pensados para la música, son instrumentos vivos.

Acabada su emisión, ella se echa hacia atrás para ofrecer más superficie acústica a la respuesta sonora de Manuel, y cuando la consonancia de la quena llega se estremece, apaga la luz y se pierde entre muebles pulidos por el tiempo. El hombre también apaga su luciérnaga y se echa en la cama para pensar en el encuentro, que ya existe en alguna parte; luego vuelca en el sueño, como si fuera de la misma sustancia, la realidad que acaba de alumbrarse.

Manuel salta de la cama cuando oye chirriar las roldanas del tendedero. Ella cuelga un pañuelo y hace correr la cuerda, él mira el

sol y pestañea, hermoso día dice y la extranjera responde algo en otra lengua. Me gustó tu flauta, mucho, y ella cuelga una servilleta, sonríe arrugando su nariz helada cuando sujeta con pinzas su mínimo monocordio transparente, que con el resto de la ropa avanza hacia la ventana del suramericano, que dice ahora tenemos un lenguaje, ¿no?, lo dice estúpidamente con palabras, ahora podemos entendernos, ¿ves?, mientras ella cuelga una sábana pequeña con mucho cric de las roldanas gemelas, farfulla algo en su lengua traída de las nieves, a lo que él responde con el *glo glo* de los sapos de su tierra cuando están en trance de lluvia; ella cuelga medias blancas, corre la cuerda y ahora el monocordio está casi contra la ventana de Manuel, que estira las manos para acariciarlo, ella ríe y se esconde y enseguida aparece flauta en mano, podríamos charlar un poco parece que le dice, y él que toma su quena sin dejar de mirarla, pensando el nombre exótico que tenga la extranjera, no encuentra ninguno que se le parezca.

Mirando al hombre con astucia animal, toca y se menea como queriendo que su cuerpo también sea sonido, le dice a Manuel de dónde es, le cuenta cosas sonoras de su país remoto, pero él con su despiste geográfico no puede comprender, apenas advertir que en aquel país hay mucha nieve. Entonces deja de tocar y viendo que el suramericano no ha comprendido nada hace un gesto como diciendo mira qué tonto eres y lo invita a hablar. Manuel toca un aire del Altiplano y ella entiende, se pone un sombrero y baila como las cholitas, sí, de por ahí cerca ha dicho él. La mujer vuelve a tocar melodías de su tierra, Manuel se despista entre algo nórdico y eslavo sin darle importancia a la imprecisión, total ya sabe que cayó del cielo. Con la quena señala hacia abajo y en dirección a la calle, nos vemos ya mismo en el portal quiere decir. La flauta señala también hacia abajo pero en otra dirección, allá te espero vida mía. Deja la flauta y se peina ante Manuel como si él fuese su espejo, él deja la quena y termina de vestirse con cuidados de primera cita. La extranjera ha salido ya y él baja la escalera de madera como cayendo por una cascada, pero realmente lo hace por los cabellos de ella, según van por ahí sus pensamientos.

En el portal la mujer se desdobla para ser más cuando él aparezca. Mientras su deseo mira hacia una de las escaleras posibles, ella observa la otra procurando oír los pasos de Manuel que no llegan todavía. El

deseo, viendo que el hombre no aparece, sale a la calle y mira junto al viento hacia una remota cordillera ultramarina. Al tiempo que ella es una estatua apoyada contra el marco de la puerta esperando la caída de la fruta, el deseo está oyendo quenas en la cordillera pero ahí tampoco está Manuel. La mujer trata de oír sus pasos por las escaleras, mientras Manuel entra y sale de un portal buscándola por dentro y fuera, pero no hay nada de ella, sólo portal vacío y calle con olor a castañas asadas, justo cuando el deseo de la mujer nórdica tiembla en la cordillera cerca de la nieve que le recuerda a su país, ni quena ni Manuel, que por ahí ve pasar a Pavese junto al portal, camino de la muerte que tendrá sus ojos, yendo para la calle en donde su amor vivía, seguido por la señora blanca muy más que la nieve, que al ver a Manuel solo se detiene y lo mira, y al mirarlo empieza a caer una llovizna, únicamente en ese portal, el resto de la calle brilla bajo el sol, mientras la niña del monocordio no puede explicarse por qué el suramericano no ha llegado todavía.

Se trata de un error, no fue una cita, el lenguaje musical suele ser limitado en estos casos, piensa ella; pero entonces por qué, dice Manuel en el portal, si estaba claro que nos encontraríamos aquí abajo, mientras ella mira su reloj, casi media hora, desencantada llama a su deseo, que baja del Altiplano y se junta otra vez con el cuerpo de la niña, van subiendo tristísimos la escalera crujiendo, cuando Manuel ve en su reloj que la hora ya es cumplida, no sé por qué esperé hasta ahora, dice justo cuando ve que la señora muy blanca cruza la calle hacia su portal precedida por una lluvia que solamente pertenece a ella, que alza una mano diciéndole que se detenga, él alcanza a cerrar la puerta en el momento en que la señora empieza a salpicarlo con su lluvia. Llega a su cuarto sintiendo que nadie está entrando allí, que él ya no existe. La muerte me anda buscando, junto a ti vida sería, pero la ventana de la niña parece muy lejana.

Hacia las celosías cerradas apunta con su quena, suelta un *mi* que se humilla para reconciliarse y perdonar, esperando el *sol* para el acorde. La nota de la quena atraviesa limpiamente los cristales y se pone a girar alrededor de la mujer, recorriéndola como un objeto acústico. Ella toma la flauta y cuando su deseo está por responder con el sonido que formará el acorde perfecto, le arrebató el impulso y emite un *fa* que ya

se sabe, va a unirse al *mi* en un encuentro áspero que quiere decir no a todo. Manuel comprende la agresión y guarda la quena resignado.

La guarda justo en el momento en que advierte que entre las paredes del edificio al que pertenece la bohardilla de él y las que rodean la ventana de ella hay una diferencia de texturas muy notoria a pesar de la intemperie de dos siglos. Pero entonces, dice, su bohardilla pertenece a otro edificio, casas pegadas con un patio común, cómo no me di cuenta, significa que su portal no es el mío, que está en cualquier otra calle de la manzana. Campoamor, Santa Teresa, Fernando VI y Hortaleza, los nombres de las calles zumban en Manuel, bajando con él las escaleras.

Ultramarinos, nada que ver. Verdulería. Librería. Academia. Pescados. La trasnochada carbonería y junto a ella una entrada que podría ser la suya. Aquella puerta es igualmente sospechosa. Por esta calle, casi nada. Esta otra parece más propicia. Anotar ese número. Otra librería, nuevamente la calle Hortaleza y enseguida su portal, primer reconocimiento concluido, piensa Manuel ante su chato en *El figón de Juanita*.

Ella ha comprado un canario enjaulado que cuelga al lado de su ventana, que deja de cantar cuando Manuel toca la quena. No puede ver al hombre, que está siempre a contraluz, por eso cuando calla para oír su música mueve la cabeza en búsqueda visual del origen del sonido. Parece que no conoce el timbre del instrumento y cree que se trata de otro pájaro, de rarísimo cantar.

Manuel razona que las notas con que llama a la mujer pidiéndole que se asome van más allá de la bohardilla de ella, después de llenarla bajan por la escalera, con su melancolía indígena por ese hueco que es un tubo acústico van rodando, hasta llegar al portal desconocido, sabe Dios en qué calle.

Llama al pintor chileno que vive en la calle de Lequerica y le pide que dé una vuelta a la manzana procurando oír una quena saliendo por un portal. Tú estás loco o eres tonto, dice el pintor y luego recorre las cuatro calles, una quena en Madrid qué disparate, piensa tendiendo el oído, todo lo que alcanza a percibir es un disco de Frank Zappa y se lo dice, es una lástima comenta Manuel mientras ve que ella se asoma a la ventana para recoger a su canario, mira a Manuel pero no sonríe como siempre, enseguida apaga la luz y se acabó.

Sombras chinescas en la pared cuando ella se asoma por las noches para entrar el pájaro, ridículo Manuel proyectando sombras con las manos, un ciervo un perro un conejito una golondrina que vuela y ella nada: cierra su ventana.

El juego de hoy es llenar los vidrios con postales antiguas, láminas japonesas y claveles colgados en la cuerda que se marchitan junto a la ventana indiferente sin que ella alcance a verlos. El canario mira todo sin comprender, a veces se acuerda del pájaro extranjero que hace mucho que no canta.

Otro argumento: copiar las desmesuras que trajo de su tierra en negativos. Grandes bandejas nuevas para revelar copias enormes, colgarlas en la cuerda, y allá van bamboleantes, prendidos con pinzas, los ríos tumultuosos que bajan de la cordillera, selvas escandalosas que ella nunca hubiera imaginado, vicuñas y guanacos ondulando por la cuerda, y ella nada.

El paso siguiente es comprar sombreros antiguos en el Rastro. Cada vez que ella guarda o saca la jaula, Manuel aparece con un sombrero distinto, complementado con bigotes y pelucas que no siempre corresponden. Los hay verdes y amarillos, altos y con plumas; capotas y chambergos, capirotes y chichoneras, gorros catalanes y un sombrero de tres picos, mientras los primeros soles claros van dando a la mujer el aspecto de uvas que maduran. Hasta que uno de su invención, muy disparatado, con plumas de avestruz y mariposas de papel colgantes, deshiela a la mujer que vino de las nieves, que sonríe como si lo hiciera por primera vez y dice algo en su idioma mostrando la punta de su lengua como un pez asomándose, se esconde y enseguida el canario y Manuel la ven reaparecer con un sombrero del Tirol o algo así y la flauta en la mano.

Pero el verdadero instrumento musical es ella, piensa Manuel. Para producir un sonido es necesario que el cuerpo elástico entre en vibración, que el equilibrio molecular se rompa, y para eso están los variados golpes de arco, las fricciones debidamente dosificadas en su justo ritmo. Cuando las moléculas perturbadas traten de volver al reposo que tenían, los sabios movimientos del arco se lo impedirán y entonces la cuerda vibrará libremente. Para que el sonido se produzca, recuerda Manuel de las clases del Conservatorio, hace falta un canal, algo por

donde pueda caminar; puede ser sólido, gaseoso o líquido, y él tiene a mano la cuerda de la ropa, velocidad del sonido 341 metros por segundo a 15 grados centígrados dicen los tratados, qué bien vibra ella con esa temperatura por ser de tierras frías.

Unidos por la cuerda del tendedero, con la mariposa-monocordio a medio escarchar en el centro, la mujer nórdica y Manuel son el instrumento y el ejecutante, lo único que falta es producir la música. Con mi quena, dice Manuel, te hago vibrar toda en libertad. Tu mariposa íntima divide la cuerda en dos segmentos exactamente iguales, y el sonido que produce es la octava del sonido de tu cuerpo. Si corremos la mariposa hacia los dos tercios de la cuerda y hacia tu ventana, tenemos un intervalo de quinta, y avanzando un poco más el de cuarta, consonancias perfectas, gracias Pitágoras, estoy casi en sus brazos.

Cuando el curioso concierto se termina, la nórdica y Manuel estiran sus brazos para acortar distancias, los dedos en la punta del aire hecho cuerda, que no llegan a la nota justa, es terrible para un músico no alcanzar un sonido. El deseo de ella se apoya en una quena ausente, y Manuel siente que la quena duele, junto a ti vida sería. Hay palabras que ninguno de los dos comprende, gritos de la selva entrevista en las fotografías, ferocidad de jaguares y dulzuras de arrullos de palomas. ¿Portal, cita? Nada nada, dice Manuel; nada nada, dice ella: peligro de que aparezca esa señora de blanco muy más que la nieve andina. Si estás cerca de ella y llega esa señora, la niña nórdica podrá agregar sus trenzas a la cuerda para que subas arriba, y entonces la señora blanca de Pavese nada, y la dueña del monocordio toda.

Si le damos un nombre, piensa Manuel, para poder tenerla, la extranjera dejará de caer del cielo y será de carne y hueso; nombre cualquiera claro y cotidiano, el primero que aparezca en la mente, María por ejemplo.

Con el cual ya está posada. María, dice él, y ella suelta su pelo en la otra ventana sintiéndose nombrada. Alguien llama a la puerta de Manuel: la señora muy blanca. María, que la ha visto, abre los brazos y le dice a Manuel ven, en su lengua. La señora que pasea con Pavese sigue llamando, golpea a la puerta bajo el agua, ha inventado una lluvia para llevarse al suramericano, sólo llueve junto a la puerta de la bohardilla y Madrid es París con Vallejo y aguacero golpeando en la puerta de

Manuel. Déjame vivir un día, dice el del Altiplano, y la señora nada nada. No es la lluvia deseada por los sapos de su aldea, es la que se llevó a Vallejo y ahora quiere hacer lo mismo con Manuel porque está solo. Entonces él comprende ahora muchas cosas, sabe quién ha confundido los portales, esta señora blanca tiene predilección por los suramericanos.

¿Viste anoche en la tele la peregrinación de las anguilas para copular? Hasta el mar de los Zargazos. Tremendo, ¿no? Bueno, ahí está la cuerda de la ropa. Las anguilas son equilibristas. Los ríos del norte por donde ascienden para hacer el amor están llenos de peligros, algunas mueren en el intento, por supuesto. Sí, descalzo es mejor, hay que aligerar el peso; nunca se sabe hasta dónde puede aguantar la cuerda.

La quena, horizontalmente sostenida, es a la vez una ofrenda y la vara que el equilibrista necesita para no caer. Cuatro pisos abajo hay cáscaras de naranjas y zapatos rotos que Manuel no mira, tiene los ojos clavados en el aire que termina en María la nórdica, la mira con ojos de guanaco asustado arrastrando pies circenses sobre el trapecio, dos tercios consonancia perfecta, mientras ella apoya sus manos en la cuerda y siente latir el peso de Manuel, y allá la señora blanca resuelve romper la cerradura. María oye el tremendismo del aguacero en la bohardilla de Manuel y no respira, ve que su mariposa de tela transparente obstaculiza el paso y no respira, imposible que el equilibrista pueda levantar un pie para esquivarla, eso significaría cáscaras de naranja y sangre en los zapatos allá abajo. Manuel ve el obstáculo del monocordio y no respira, sus pies solitarios y desnudos se detienen ahí mismo mientras él oye el aguacero de la señora aquella.

La mujer que ha dejado de caer del cielo tira de la cuerda para traer al hombre detenido junto al monocordio, pero no puede, no tiene fuerzas, y todo está muy quieto mientras la lluvia se desparrama por Madrid. Ante esta evidente situación mortal, la mariposa escarchada se pliega en dos y mueve sus partes como alas. Manuel, desde su posición, la ve volar sobre tejas de dos siglos, dejando la cuerda libre. Los ojos de María no pueden ver el vuelo inesperado de su prenda, están muy fijos en los de Manuel que llega con su quena, que cae como una fruta dentro de su cuarto, mientras la lluvia de la señora blanca cesa y en su lejana tumba monocordio Pitágoras sonríe.

Con palabras improvisadas, tienen una comunicación perfecta. Ip ip, dice Manuel. Rup rup, responde ella, y se miran hasta adentro, donde hay ríos que remontan las anguilas.

Los postigos de la ventana han sido cuidadosamente cerrados, aislando al canario. Solamente los está mirando el fuego desde la chimenea. Cuando se acaban las palabras, llegan los sonidos. Una cuerda y un arco. María Violín y Manuel Arco junto al fuego rompiendo el equilibrio molecular, que para eso están los impulsos, las fricciones de tiempo justo. Manuel Quena perturba el silencio de María Violín con ritmos limpios, y cuando las moléculas, por aquello de la inercia, quieren volver al reposo, se lo impide la vibración libre de la cuerda, que busca otro, el de los cuerpos, para que de él brote la música.

Justo cuando la mariposa de tela reaparece. Sólo el canario la ve volver, el pájaro está viendo a contraluz que la mariposa aparece volando sobre el tejado y luego, cuidadosa de su estructura, se posa otra vez, apenas escarchada, sobre la cuerda pitagórica.

Daniel Moyano
Ronda de Segovia, 53 (3.B)
28005 Madrid
Teléfono: 265 5786
España

2

La lombriz

LA LOMBRIZ

I

En las intoxicantes siestas de aquellos veranos interminables, cuando mi tío el endemoniado daba comienzo a sus ronquidos, yo entraba sigiloso en su habitación para esperar, oculto detrás de algún mueble y con los ojos fijos en su boca abierta, que la lombriz solitaria que vivía oculta en su estómago se asomase al exterior. Mis primos la habían visto un par de veces: calculaban que medía más de un metro, y que sus ojos eran verdes y terribles. Yo apenas conocía a mi tío. Me habían enviado a su casa para que allí me criasen. Le tenía desconfianza y un poco de miedo. Si conseguía ver su lombriz, sabría cómo era él por dentro.

Por fuera era hermoso. Pero sólo si miraba de frente, una posición que apenas podía mantener por pocos segundos. Enseguida aparecía, porque ésa era su naturaleza verdadera, aquel rictus imborrable, y esa mirada oblicua que, aflorada, lo conectaba con sus adentros profundos mostrándolo como un monstruo doliente.

La mujer parecía una prolongación suya, siempre tras él

con pasos tímidos y cortos, los ojos en el suelo, esperando palabras o gestos que obedecía inmediatamente.

Los hijos eran físicamente hermosos, y terribles por su crueldad. Su ocupación preferida, los pájaros. Los entrampaban y después, en operaciones colectivas que realizaban infundiéndose coraje mutuamente, les pinchaban los ojos con espinas de cactus para que, una vez ciegos, cantasen mejor: "escuchen qué bien canta ahora ese jilguero".

Se encerraban en el galpón del fondo, generalmente a la hora de la siesta, para realizar la tarea, cuya ejecución directa estaba a cargo de la hembra única del grupo, mayor que todos sus hermanos. "No seas tonto", me decía mi prima, de una voz muy dulce, invitándome a participar, con una sonrisa que hoy, cuando aparece, es como si ocupara ella sola toda mi memoria. Yo entonces huía y aprovechaba para meterme en la pieza donde dormía él, a esperar que se asomase la lombriz.

Junto a la sonrisa también están en mi memoria, con la misma fuerza, los delantales sucios de sangre de la carnicería donde trabajaba mi tío, que su mujer lavaba a la intemperie en la pileta que había en el patio junto al galpón donde se reunían mis primos a la hora de la siesta.

El salía diariamente para la carnicería a las cinco de la madrugada, llevando en una bolsa un par de delantales que mi tía acababa de planchar. Después que se iba, el tiempo no pasaba nunca; eran las dos y media de la tarde, y como él no

aparecía y los niños tenían hambre, entonces jugaban a que volvía; cualquiera hacía las veces de padre y anticipaba su llegada sacando de entre sus ropas objetos que representaban los alimentos que robaba en la carnicería para poder alimentar a tantos.

Finalmente aparecía, ya en la realidad, se acercaba penosamente, cansado, seguido por todos los perros del barrio, atraídos por el olor a carne que iba dejando al andar; caminaba por la larga galería de la casa, se escondía a medias para sacar el costillar que traía escondido colgando en el interior de una pierna de los pantalones, y se desplomaba en una silla a esperar que mi tía preparase la comida mientras nosotros soplabamos el fuego de carbón a fin de que se encendiese pronto.

A escondidas de su mujer, si la comida demoraba, picaba carne cruda, la mezclaba con un poco de cebolla y oculto detrás de cualquier puerta la engullía. Cuando ella lo descubría y le decía que eso era una vergüenza, se defendía diciendo que la carne aquella no era para él; y se tocaba el estómago señalando el lugar donde se suponía que vivía la lombriz solitaria.

Las habitaciones de la casa, una al lado de la otra, daban a una galería o alero, y todo ello a la calle, a las casas de enfrente, digamos que al mundo, desde donde todo el que quisiese podía ver, como en una especie de espectáculo de la desgracia, la mecánica infernal de nuestra miseria.

El infierno era para nosotros la exhibición de la

desdicha. Cada vez que salíamos de las habitaciones hacia la galería expuesta a los demás, era para exhibir el hambre o las degradaciones provocadas por la miseria, mostrar nuestra penosa condición de pobladores de la desgracia a aquella gente que habitaba un mundo normal, vedado a nosotros; que nos miraban, según me parecía, como a monstruos o a enfermos incurables.

Invierno y verano comíamos bajo aquel alero expuesto a todos, de pie alrededor de la mesa, desde que las dos únicas sillas eran para mis tíos. Mi prima la mayor, el que la seguía en edad y yo, éramos los únicos que con nuestra estatura sobrepasábamos la altura de la mesa. Los demás chicos, algunos la alcanzaban con la nariz, otros tenían que trepar sobre ladrillos para que la boca no quedase por debajo del nivel de la tabla. Mi tía repartía el guiso y el pan entre gritos de protesta. Mi tutor comía con los cinco sentidos, atento a las rápidas manos de los niños, que apareciendo por debajo y los costados le quitaban el pan o cualquier otro alimento en el momento de llevárselo a la boca. Como siempre quedábamos con hambre, al vaciarse la olla nos la disputábamos bamboleándola entre todos en el aire, para obtener la *raspa*, comida semiquemada que había que raspar para quitarla del fondo del recipiente.

Desde aquí y desde ahora la veo bambolearse, y detrás del bamboleo tiembla el perro que mi tío envenenó para salvarlo de la otra muerte lenta, la del hambre, acaso con el mismo veneno que usaba mi tía cada vez que cansada de

todo intentaba ocultarse para siempre en lo que ella llamaba "habitaciones más tranquilas", que podíamos intuir, con mucho miedo, como unos cuartos terriblemente silenciosos que estaban escondidos al otro lado de la muerte.

Cuando él llegó tan tarde aquella noche precedido por su olor a carne, ella estaba en la cama, moribunda, con un comportamiento físico idéntico al del perro que envenenó mi tío, las mismas convulsiones, el mismo juego de ojos repentinamente blancos. Y le dimos, como a él, leche con aceite. Al perro se lo hicimos tragar a la fuerza, pero lo vomitó enseguida. Por eso se murió. A ella también tuvimos que forzarla: cada vez que sus convulsiones intentaban arrojar afuera el líquido, le tapábamos la boca y la nariz obligándola a tragárselo de nuevo. Quizá por eso se salvó.

Mi tío la vio tirada en la cama, hizo un par de muecas y enseguida se indignó con nosotros por no tener el fuego preparado para asar la carne que traía. Nos castigó dejándonos sin cena. Nosotros llorábamos, más por ella que por hambre, apoyados en los bordes de su cama. El, después de comerse un kilo de carne y beberse dos botellas de vino, se acostó tranquilamente a su lado, aunque estuviese fría como muerta. Al rato roncaba, y la vecina que vino a ponerle una inyección a la moribunda tuvo que empujarlo para poder hacerlo. Al lado del silencio de mi tía, sus ronquidos sonaban en lo profundo. Escuchen, dijo mi prima, está roncando la lombriz.

Una lombriz que, según el farmacéutico, era un ejemplar

adulto. Tenía un "escolex" o cabeza, con cuatro ventosas que le permitían estar siempre prendida de mi tutor. Después de la cabeza (cuya aparición acechaba yo a la hora de la siesta, esperando el verde resplandor de su mirada), el huésped se prolongaba en una serie interminable de anillos hermafroditas, que se extendían desordenadamente a lo largo de los nervios de mi tío.

II

La casa donde vivíamos era solo una mitad. La otra estaba en la casa de al lado, separada de la nuestra por un muro divisorio. De ahí lo absurdo de la distribución de las habitaciones y que uno nunca pudiera estar dentro de ningún cuarto de una manera congruente, y que entrar fuese como salir.

En la mitad de al lado vivía una hermana de mi tío, a la que no hablaba desde que, después de una gran pelea por la casa que ambos habían heredado, se construyó el muro divisorio. "Te reniego de hermana", le gritó desde su mitad cuando faltaban pocas hiladas de ladrillos para terminarlo. No la miró a la cara nunca más, y de eso hacía por lo menos veinte años.

La noche que la hermana renegada se puso grave para morir, con su mitad de casa hecha un revuelo de parientes llegados desde distintos puntos del país, mis primos y mi tía estuvieron todo el tiempo pendientes de lo que pudiera suceder, mientras él, no sólo ajeno a lo que ocurría y se decía sino apartado en un rincón de la galería, pelaba pacientemente, canturreando, semillas de calabaza.

En un momento en que al lado aumentaron los llantos y los gritos, mi tía se plantó ante su marido, para pedirle que olvidase su odio y fuese a verla. "Después de todo es tu hermana", le dijo utilizando distintos tonos de voces

persuasivos, sin conseguir que él dejara de pelar semillas entonando a medias la melodía de un tango olvidado.

Cuando las semillas peladas formaban ya un montoncito considerable, los hijos, atraídos por el aroma, empezaron a merodear alrededor con el propósito de arrebatárselas; con movimientos de rapiña, en la que eran muy diestros, giraban aprovechando la naciente oscuridad.

Mi tío, al advertir la maniobra, se quitó el cinturón, cuyos golpes de hebilla eran muy temidos por sus hijos, y le ordenó al más audaz, que tenía ya las semillas al alcance de una manotada, que encendiese la luz.

Sólo dejó de canturrear o de silbar el tema que lo aislaba de la enojosa realidad de al lado, cuando reprochó dando gritos la falta de limpieza del tubo de la lámpara de querosén, que le impedía ver con claridad la tarea que realizaba y especialmente las manos furtivas de los pequeños ladrones que querían arrebatarse las semillas peladas.

Luego preguntó por el plato hondo, de hierro enlozado, que hacía las veces de mortero, donde machacaría las semillas. Los chicos corrieron a buscarlo en los estantes de la cocina, donde mi tía, alumbrada con una vela, mezclaba sus lloros con el ruido de ollas que se tapan y destapan y el de los pantallazos para avivar el fuego de carbón.

El plato no aparecía, pero uno de los hijos recordó haberlo visto, con agua para la gallina, en el fondo donde la casa limitaba con un baldío.

Ordenó al más ansioso de ellos que fuese a buscarlo.

Este, que hablaba defectuosamente, se negó en su media lengua diciendo que estaba muy oscuro, no había luna y tenía mucho miedo por lo que estaba pasando al lado.

Finalmente lo acompañaron dos hermanos, mayores que él, llevándose la lámpara. Mi tutor puso una mano sobre el montoncito de semillas, con la otra agarró el cinturón por la punta de cuero, de modo de poder golpear rápidamente con la hebilla metálica al que intentase robarle las semillas aprovechando la oscuridad.

Cuando los tres niños aparecieron allá, alrededor del haz de luz, les dijo que aprovecharan el grifo del patio para lavar el plato. Tras secarlo con una punta de su delantal de carnicero que siempre tenía a mano, puso las semillas en el recipiente y empezó a aplastarlas con un palo. Luego agregó azúcar, un poco de saliva, y amasó hasta formar una especie de albóndiga verdosa.

-No es para mí-, respondió cuando los hijos lo interrogaron-. Es una receta especial para "ella"- dijo señalándose el estómago.

En la casa de al lado estaban moviendo muebles de su sitio cuando mi tío, enterado de que la cena demoraría debido a que el carbón era duro de prender, preguntó si entonces no había un huevo frito. Cuando la mujer le dijo que no desde la cocina, dio un grito más fuerte que los de al lado preguntando qué pasaba entonces con los huevos que ponía la gallina.

"Es este degenerado, que se los come crudos, como las

víboras", dijo mi tía golpeando en la cabeza con una cuchara a uno de sus hijos, como si nadie supiera hasta el cansancio que el golpeado esperaba que la gallina pusiese, y antes de que empezara a cacarear, caliente el huevo todavía, le hacía dos agujeros con un clavo que llevaba siempre en el bolsillo, por uno entraba el aire necesario, por el otro chupaba.

Tres de mis primos más grandes permanecían con las orejas pegadas al muro divisorio, y cuando lograban reconstruir auditivamente un hecho consumado corrían a comunicárselo a mi tía. De esa manera ella supo, casi simultáneamente con el curso de la acción, que habían traído la capilla ardiente, o que ya estaban soldando el ataúd.

La cena (harina de maíz hervida para nosotros, carne apenas hecha para él), por influencia de las circunstancias, tendía a transcurrir en silencio, es decir, sin peleas, cuando mi tío, mirando oblicuamente a todos, según su único modo de mirar, dijo que al otro día, al amanecer, acabaría por fin con la lombriz que lo carcomía.

Era muy simple. Las semillas de calabaza, por sí mismas y por el azúcar que les había agregado, eran dulcísimas, y había que tener en cuenta que lo dulce era uno de los gustos preferidos por la lombriz solitaria (o *tenia saginata*, según le había explicado el farmacéutico). Y más dulce estaría al otro día, cuando en ayunas él se la tragase justo cuando la *tenia*, desesperada por el hambre, estuviese esperándola con la boca abierta.

Pero eso no era todo. En cuanto la lombriz acabase de tragar y saborear la albóndiga, recibiría tras el manjar el chorro inesperado del más amargo de los purgantes, una terrible sal inglesa mezclada con extractos de raíces, que provocaría, por cualquier vía, su expulsión al exterior.

Al levantarse de la mesa, medio dormido como siempre, fue hacia su pieza llevando la lámpara y la albóndiga verde, mientras mi tía, en la oscuridad, amontonaba los platos. Los demás chicos fueron detrás de la luz. Mi tutor puso cuidadosamente su medicamento, protegido con un trapo, sobre la mesa de noche. Tuvo que cederles la lámpara a los hijos, que lloraban de miedo a los muertos, hasta que se durmieron, justo cuando se terminaba el combustible y se apagaba la lámpara.

Al alba, un grito de mi tío despertó a todo el mundo, incluso a los fieles y solitarios asistentes al velorio de al lado: la albóndiga verde había desaparecido.

Todos los dedos, en círculo acusatorio, señalaron al que se comía los huevos recién puestos, que sin acabar de despertarse lo admitía, y entre sueños y lágrimas recibía un nuevo golpe de cuchara o algo igualmente metálico en la cabeza, y, por un azar desdichado, justo en el mismo lugar donde lo había golpeado su madre unas pocas horas antes.

III

Recuerdo mi llegada bajo la forma de un tren que se perdía en una curva envuelto en su vapor, mientras mi acompañante y yo permanecíamos en el andén viendo cómo desaparecía.

A un lado de las vías, todo el pueblo era una gran fábrica de cal que se extendía y se extendía sin acabar; el otro era una sucesión de casas chatas sobre las que caía siempre, como nieve, un polvo blanco. En eso llovizna y con mi acompañante que luego se me desdibujó en el tiempo llamamos golpeando las manos, a través de la puerta de alambre tejido se ve la galería con esas puertas que son ya la certeza de un confinamiento.

Vi aparecer una mujer gorda y desgrefiada, que era mi tía, con un cucharón en la mano, seguida por los hijos que ya caminaban y también por los que apenas gateaban, un montón de niños que me rodearon oliéndome. "Pero si es mi sobrino", dijo acariciándome la cara.

Serían más de las cinco de la tarde, porque mi tío no estaba, y en los días y años que siguieron supe que él se iba a trabajar siempre antes de esa hora. La mujer que era mi tía me miraba y decía "pobrecito" cada vez que mi acompañante le revelaba algún detalle de los motivos de mi presencia allí, para mí desconocidos, y los chicos, descalzos, tocaban mis zapatos y los miraban desde cerca,

como si fuesen cortos de vista.

El que me había llevado le entregó un papel vinculado conmigo, que contenía toda mi historia en unas pocas líneas, lleno de sellos azules ovalados.

Nos hizo pasar a la cocina, donde nos sirvió mate cocido, a él en una tacita, a mí en un jarro, con un trozo de pan. Cuando los niños, excluidos de la invitación, quisieron protestar, la madre los espantó agitando un gran trapo húmedo diciéndoles que ya habían tenido su merienda.

Uno de ellos miraba mi trozo de pan desde muy cerca; igual que con los zapatos, como si fuese corto de vista. Me agradó su rostro, tan hermoso. Le di mi trozo de pan. Al advertirlo mi tía, se lo quitó y volvió a dármelo, creyendo que el niño me lo había arrebatado.

Se fue a llorar afuera. Pero no era llanto lo suyo. Más bien una mezcla de lamento y gruñido. Muy pocas veces los oí llorar realmente. En ese infierno, cualquier debilidad era imposible.

Cuando mi acompañante partió, sin despedirse de mí, me entró el nudo en la garganta. Había oído que tendría que quedarme allí hasta que creciera, y aunque no tenía idea de lo que significaba crecer, lo imaginaba largo y doloroso.

Yo quería volver, aunque no supiera concretamente a dónde (seguramente entonces lo sabía, pero ahora no puedo recordarlo). Desde que bajamos del tren en aquel pueblo miserable y mi acompañante golpeaba las manos ante la puerta de calle, yo pensaba en el regreso. Volver a alguna parte.

No admitía la idea de ir a ningún lugar, sin el convencimiento de volver. Lo más duro era la inevitabilidad del crecimiento para poder hacerlo. Y no sabía qué hacer mientras tanto para sobrellevarlo, y todo eso era el aspecto de confinamiento que tenían las piezas oscuras que daban a esa galería infinita.

Por la noche, cuando llegó mi tío y vi su autoridad y su violencia, me di cuenta cabalmente de que las cosas habían cambiado drásticamente para mí, y la noción de volver se convirtió en deseos de salir de allí cuanto antes, aun cuando no hubiese regreso. Me miró volviendo de pronto hacia mí una cabeza de reptil, mientras hablaba de otra cosa, mientras pedía la cena desdefiosamente.

Comió y se acostó. Yo compartí una cama grande con tres de mis primos. Cuando apagó la lámpara en su habitación, cuyo resplandor era la luz de la nuestra, me puse a llorar lo más despacio que pude. Uno de mis primos encendió una colilla. Mi tía me oyó y me dijo que no fuera tonto, que al otro día haría tortas fritas. Esto, que a mí no me interesaba, produjo algarabía entre mis primos. Cuando él empezó a roncar, "sientan, es la lombriz", dijo el que fumaba.

Esa noche, la primera para tantos años, la pasé casi en vela. Al resplandor de los faroles de la calle vi la sombra de las columnas de la galería, las paredes descascaradas, las vigas de madera. Parpadeando como para dormirme, todo eso se me borraba pero oía las gotas de la lluvia sobre el

cinc del techo. De vez en cuando los chicos hablaban dormidos.

No sé cuánto tiempo estuve con mis pensamientos fijos en el tren, que tras dejarnos en la estación, desapareció en la curva, envuelto en vapor, iniciando a partir de allí un viaje de muchos años. Volvería algún día, en sentido contrario, para que yo pudiese regresar, aunque no supiese concretamente a dónde; pero cuando hubiese crecido lo suficiente, cuando pudiese realizar actos con plena libertad, como mi tutor por ejemplo, o el hombre que me había traído.

Finalmente me dormí, a pesar del hambre (le había dado mi cena al más atento de mis primos), y cuando al alba me despertaron los gritos de mi tutor pidiendo que le alcanzasen todo rápidamente para irse cuanto antes a la carnicería, el tren que me conectaba todavía con algún lugar congruente ya no estaba. Se había alejado durante la noche, bajo la lluvia, sin que nadie se diese cuenta, dándole paso a mi crecimiento.

Cuando empecé a poner estos recuerdos en palabras, a tanta distancia y años del momento en que sucedieron, me proponía descubrir a mi tío en un acto de bondad o de ternura hacia mí que le diese consistencia de padre o de algo parecido, para poder armar por fin mi necesario esquema del mundo y de la vida. Me parecía muy difícil, pero ahora que empecé a contar y veo, en la revelación de las palabras,

que los recuerdos vuelven a ser hechos (como si mi tío resucitara), la existencia de ese supuesto acto de ternura me parece imposible. Él carecía de espacios vitales para eso. La miseria no le había dejado un solo sitio libre para poder echarle al mundo, ni siquiera de vez en cuando, una mirada diferente que le permitiera escapar al menos por unos instantes de esa desgracia permanente en que vivía.

Él desperdició el espacio que había quedado vacío, en mí, para un padre verdadero. Un espacio que ha permanecido siempre intacto. Ni siquiera él pudo ocuparlo. Y ahora es como si lo llenara la lombriz.

IV

La única hembra de ese criadero, de unos doce o trece años, era dulce y cruel.

En el estricto mundo de mis tíos, la violación constante de sus leyes era la única forma posible de vivir. Mi prima, por tener contactos directos con los adultos y además por propia inclinación, siempre sabía quién era el culpable de cualquier acto susceptible de castigo. El poder derivado de esa situación podía ser cruel o no, según ella lo desease. Sus hermanos la odiaban y temían. Casi todos los excesos le estaban permitidos. Podía apropiarse de la comida de los demás, castigar físicamente por su cuenta, acusar a cualquiera por venganza conociendo de antemano su inocencia. Dos hechos fundamentales le permitían sus prácticas egoístas: la protección de su padre, que siempre le daba la razón, y su belleza, de la que derivaba, cuando no estaba practicando su crueldad, su increíble dulzura.

Casi nunca hablamos formalmente. Nuestra comunicación, que era profunda, se producía a través del juego y el deseo. Este último subyacía en todos nuestros actos. Aunque ella me estuviese acusando o condenando, ambos sabíamos que detrás de todo estaba *aquello*.

En nuestras relaciones, ella era audaz y potente, yo tímido y cobarde. Y más fuerte que todos nosotros, pues

tenía acceso, sin autorización de nadie, a una especie de despensa, cerrada con candado, donde se guardaban los alimentos más codiciados que su padre robaba en el negocio donde trabajaba: chorizos, dulces y fiambres variados. Esa fuerza y la normalidad alimenticia la volvían franca y agresiva, mientras nosotros, débiles y raquíticos, teníamos más habilidad para la mentira, el engaño y la rapia.

Cualquier juego que practicáramos, era solamente el pretexto del momento para estar solos a la hora de la siesta; el calor y la soledad, el silencio y todas las posibilidades de transgresión a nuestro alcance, el juego verdadero.

Entre ellos estaba el de la mosca y la araña, en cuya ferocidad encontrábamos significaciones misteriosas y terribles. En las juntas de los ladrillos del muro las arañas habían construido sus guaridas. Nuestra diversión consistía en cazar moscas en la cocina y arrojarlas junto a la boca de los nidos, dejando que zumbaran y se enredasen en la tela. Entonces aparecía la araña, que con un solo movimiento las introducía en el hueco, donde en cuestión de segundos dejaban de zumbar. Ese silencio brusco, que era la entrega de la mosca al poder paralizante de la araña, nos producía placer. Apenas oíamos morir al insecto, corríamos a la cocina en busca de otro.

Habíamos logrado, tras mucho sigilo, que nadie se enterara de la diversión que practicábamos a solas. A los más pequeños les exigían dormir la siesta; y nosotros nos

encargábamos de aterrorizarlos para que no se levantasen; así teníamos toda la casa, durante esas horas, para nosotros dos.

Según avanzaba nuestro crecimiento, el juego y los deseos iban cada vez más allá. El último verano que pasamos juntos habíamos inventado salir a la siesta a buscar fruta silvestre para hacer dulce.

Tras la aparatosa recolección, cuya falta de sentido nos saltaba a la vista, nos echamos a descansar bajo un aramo. El paisaje desaparecía, solo estábamos nosotros. Todo estaba en silencio; solamente se oía, como si fuese un latido terrible, la presencia intolerable del deseo, seguido por su tremenda carga de castigos. Los únicos elementos visibles de todo aquello eran su fuerza y mi cobardía.

En un juego-lucha que iniciamos como si fuéramos la mosca y la araña, ella quería ponerme boca arriba a fin de que quedase en evidencia, por la erección que yo intentaba ocultar, mi deseo por ella. Cuando me puso de espaldas, aprovechándose de su tremenda fuerza, quise levantarme, lleno de ira y de vergüenza; pero se me echó encima, me trabó los brazos bajo la espalda. Yo tiritaba, los labios me temblaban solos, deformándose la boca. Ella me miraba profundamente, con unos ojos terribles que no sabía que tuviese. Habló, alterada: *Qué te hago, qué te hago ahora*, saltaba de sus labios, que temblaban como los míos, mientras yo trataba de ponerme boca abajo, vencido por la edad insuficiente y la vergüenza.

Entonces me soltó y se apartó. Yo me quedé boca abajo, ocultando el abultamiento que sufría, sintiendo el olor intenso de las hierbas pisoteadas y cortadas en la lucha. El silencio espantoso del comienzo desaparecía. Las palomas cantaban a lo lejos.

Regresamos en silencio. Antes de salir del monte, al cruzar los hilos del alambrado junto a la calle desierta, la tomé de los brazos y la besé, resuelto a asumir de una vez mi condición de persona que ha crecido. Ella se dejó besar, indiferente, y luego me miró con ira.

Nunca más permitió que se repitiera aquella situación, mientras mi deseo y mis acechos aumentaban. Temía que ella me acusara. Creía que ya lo había hecho, que su padre lo sabía y solamente aguardaba el momento propicio para aplastarme sin que nadie se enterara, para hacerme desaparecer en el hueco y escuchar mi zumbido hasta que éste cesase ante el encuentro con la araña. ¿Un chico que vivía aquí? ¿Qué chico? Aquí nunca hemos visto a ese chico. Mi posible asesino pasaba a mi lado, me miraba de reojo. Era como si me mirara la lombriz.

Se aproximaba el tiempo de mi huida, mejor dicho de mi salida, porque en cuanto manifesté mis deseos de abandonarlos se apresuraron a decirme que cómo no, todos encantados, especialmente mi tutor, y también ella, desde lejos, con una mueca desdefiosa, me estaba diciendo adiós antes de que me fuese.

Empezó a salir mucho, con un tal Mercado, volvía tarde a la casa, sin que mi tío se lo recriminase, haciendo ostentación de gestos ampulosos y palabras obscenas.

Una siesta me invitó a jugar a las moscas, como si aceptara que lo nuestro se reanudara. Hablamos con libertad, le tomé una mano. Justo cuando llegaron sus hermanos, venidos como del infierno, y descubrieron nuestro juego. En un instante lo aprendieron. Ella se retiró y se sentó en uno de los escalones que separaban la galería del patio. Yo me quedé entre mis primos, como un imbécil, ayudándoles a perfeccionar el juego que acababan de aprender; *nuestro* juego; el más querido.

Traían piedras grandes, arrojaban la mosca sobre la tela, y cuando la araña aparecía aplastaban a los dos insectos juntos contra la pared.

Renuncié poco a poco a mis sentimientos y me dediqué a cuidarla, a protegerla de los muchos Mercado que la acosaban, la tenían un tiempo y la abandonaban luego. El demonio, por su parte, o no se daba cuenta o se hacía el desentendido. Ella rechazaba mi protección y mis consejos, me decía que si quería alejarla de los otros era para tomarla yo y hacer lo mismo que ellos. *Te hacés el santo pero sos peor que todos nosotros.*

Supe después que a poco de haberme ido yo, abandonó el pueblo y se radicó en la capital de la provincia, supongo que con Mercado.

Nos encontramos en la calle un par de veces en varios

años. Apenas nos saludamos, como tratando de evitar el encuentro. Después abandoné la ciudad, y ella se fue borrando con el tiempo, para dejarme en el recuerdo, junto a la sonrisa dulce que cuando aparece ocupa la totalidad de mi memoria, la crueldad de la mueca desdeñosa con que aceptó aquel día que yo me marchase para siempre de la casa.

V

"Y a los que no les guste, ahí está la puerta: aquí nadie obliga a estar a nadie".

La frase, que mi tío repetía dirigiéndose a mí sin mirarme, me creaba una situación difícil. Durante años yo había estado esperando crecer para salir de allí. Ahora que podía, que ellos mismos me invitaban a hacerlo, me resistía a tomar la decisión. Lo que me retenía todavía era una mezcla de sentimientos muy confusos. Por un lado, él, pese a todo, algo de padre tenía. A lo mejor no se trataba de que no lo fuera sino de que no le alcanzaban las fuerzas para serlo. Y ahora yo iba a abandonarlo. Por el otro, tenía miedo de que les pasara algo muy grave en cuanto los dejase, que no les había sucedido todavía debido a mi presencia. Como si yo, sin saberlo, hubiese ido allí sólo para impedir ese desastre, y ellos, no concientes de mi función, aceptaran desprenderse de lo único que en este mundo hubiera podido rescatarlos de esa soledad en la desgracia donde las circunstancias nos habían arrinconado a todos.

Tenía pesadillas donde la lombriz, crecida hasta la monstruosidad, ocupaba el lugar de mi tío y lo sustituía en el mando de esa casa a la deriva; mi prima, con el último resto de su existencia y de su belleza, me decía, sin abandonar su mueca desdeñosa: *todo ha sido por tu culpa; si no hubieses aparecido por aquí, esto no habría pasado nunca;*

ahora todo está perdido; te salvarás, y nosotros moriremos. Intentamos darte un padre, pero te negaste a recibirlo; y ahora nosotros también lo hemos perdido por tu culpa.

A la luz de sus palabras, no sólo no había podido hacer nada para rescatarlos sino que mi presencia, mi existencia, se convertía de pronto en el peor de sus castigos. Yo había sido siempre su parásito, su lombriz; sin darme cuenta, claro. Y ahora mismo estaban expulsándome al exterior, acababan de hacerme tragar esa albóndiga verdosa.

El día de mi partida no se modificó ni alteró nada. Yo, con la maleta en la mano, sólo tenía que salir, dirigirme hacia la puerta de calle, pero esperaba que alguien moviera un dedo, preguntara algo que me permitiera decir adiós por lo menos. Todos estaban en el patio según la costumbre, pero en absoluto silencio, sin ninguna palabra para mi partida.

Me desplazé entre ellos, y como ninguno movió la boca, ni siquiera los músculos de la cara, dije "bueno, me voy, a lo mejor algún día nos volvemos a ver".

Me saludaron alzando una mano o moviendo la cabeza, como si me ausentase momentáneamente. No me preguntaron hacia dónde me dirigía ni se movieron de su sitio. Únicamente mi tía dejó de planchar un instante para abrazarme y lloriquear un poco. Mi tío, creo, hizo una mueca, más bien de fastidio. Pero no por mí: como si lo molestara la lombriz. Mi partida no existía para él, yo era como su hermana el día que murió.

Los primeros años de libertad fueron muy duros. No sabía qué hacer con mi tiempo ni cómo trabar relaciones con los

demás, que en nada se parecían a nosotros, a quienes la sola mención de algo como mi tío les provcaba muecas de absoluta intolerancia. Me costaba aceptar los nuevos referentes de la realidad, hablar sin malicia, comer sin desesperación.

El episodio de la biblioteca me avergüenza todavía y sin duda me avergonzará toda la vida, pero tengo que contarlo. Iba allí todas las tardes en busca de biografías de hombres cuyas existencias estuvieron constituidas especialmente por actos de bondad. San Francisco de Asís, por ejemplo. O los grandes artistas que lo dieron todo. Qué alegría descubrir que esos hombres existían, y qué tristeza saber al mismo tiempo que mi tío era lo opuesto, porque no *podía* ser bondadoso, porque no *sabía*, porque estaba completamente solo en este mundo, aislado igual que su lombriz, sin saber que aquello era la miseria y sin capacidad de rebelión .

La bibliotecaria, que me oyó llorar, me preguntó si necesitaba ayuda, si me pasaba algo malo. Intenté explicarle, sin conseguirlo, que mi llanto era por lo buenas que hubieran podido ser las cosas para nosotros si no hubiesen sido como fueron. Es terrible, no puedo soportarlo, le dije sintiendo lo ridículo de la situación, propia del lugar que acababa de abandonar, no del mundo congruente en el que intentaba insertarme. La bibliotecaria me miró sin comprender, volvió a su sitio sin hacer comentarios.

La evocación de los hechos, provocada por mí para poder, según he dicho, armar con alguna congruencia un esquema del

mundo, me llevó a callejones sin salida. Nunca tuve capacidad para pensar racionalmente, pero mi sentimiento del mundo y de las cosas siempre me ha empujado a intentarlo; con resultados puramente emotivos, claro; porque para pensar en serio hacen falta lucidez y determinación, cualidades de las que carezco. Además, sé que soy cobarde y egoísta. Y que en el fondo mi propósito al poner en palabras mis recuerdos no ha sido rescatar a mi tío sino buscar que sean menos pesados mis remordimientos.

Estas "emociones" con pretensiones de pensamientos me llevaron a decirme (y lo que es peor, a sentirlo así), que nosotros, es decir, esa familia de la que, aunque no lo desee, formo parte, no hemos venido aquí, tanto a este país que habitamos como a esta vida que nos habita (quiero decir a este mundo o a esta realidad), para hacer nada específico; nuestra "situación" aquí ha sido pura casualidad, un azar inútil, una especie de ruido de vida sin sentido, donde ni uno ha podido conseguir un padre, ni él, muchos menos, un hijo.

Ante esa certeza, decidí regresar a aquel pueblo después de más de treinta años; buscar los restos del naufragio y tratar de construir un argumento vital que me sirviera de justificación para vivir en un sentido de congruencia y entrar en el futuro con lo único con que uno puede hacerlo: su pasado, aunque éste sea incomprensible o absurdo. En realidad volvía para reconstruir la familia que nunca pude tener, porque no supe verla o porque ellos me excluyeron, o

de la que yo mismo me excluí, no sabría decirlo. A esta altura de la vida, esos detalles ya no tienen importancia.

En cuanto bajé del tren se me aparecieron las chimeneas de la fábrica, lo blanco de los techos cubiertos de caliza y las calles idénticas. Fue como llegar otra vez, de la mano de un pariente desconocido, para que me criasen. La única diferencia era que había crecido, lo cual me permitía, acaso milagrosamente, regresar cuando quisiese. Ya no había tiempo implacable por delante.

Recorriendo calles y memorias supervivientes, vi que el pasado, tan fácil de reconstruir, es en definitiva lo único real que se posee. Mi padre frustrado había muerto, claro. Según los memoriosos, llevaba ya varias horas muerto pero de vez en cuando se crispaba, como si algo siguiese vivo dentro de él. Era la lombriz, que privada de su sustento se resistía a morir también, enroscándose en el interior del cuerpo muerto de mi tío, como pidiendo a gritos que siguiese viviendo, para poder seguir alimentándose de él.

La carnicería, que en mis recuerdos aparecía como un gran salón de ventas, en la realidad era un pequeño local con un mostrador, ganchos para colgar la carne, y un escaparate con dulces y fiambres.

Tanto el anciano dueño del negocio como su hijo, se acordaban de mi tío. De mí, en cambio, no tenían la menor idea. Mencioné lo de la lombriz. No conocían ese detalle, pero el anciano lo vinculó a su costumbre de comer carne cruda. "Seguramente por eso le creció adentro ese parásito".

La casa ya no existía, la había comprado la fábrica y demolido para ampliar sus gigantescas naves, y todos los hijos de "este buen hombre" actualmente trabajaban en ella, cumplían sus horarios de trabajo en los mismos espacios donde antes habían estado los hechos principales de sus vidas; en los lejanos patios, ahora enormes huecos llenos de polvo blanco, donde mi prima, indiferente, me miraba con esa mueca desdeñosa sin importarle que yo abandonase esa casa para siempre .

Te hacés el santo pero sos peor que todos nosotros, me llegaba la voz mientras abandonaba el negocio y tomaba la calle tantas veces recorrida por mi tío. No habría avanzado ni cien pasos hacia su casa ahora inexistente cuando me encontré con él, que avanzaba en dirección contraria a la mía. Era mi tío, pero rejuvenecido. Nos cruzamos sin saludarnos, mirándonos atentamente todo el tiempo que duró nuestro cruce. Cuando volví el rostro vi que él también lo había vuelto y que seguíamos mirándonos. La lombriz solitaria cuya aparición en la boca de mi tío acechaba yo en su cuarto a la hora de la siesta, para saber cómo era él por dentro, se me aparecía ahora, detrás de mí, vuelta hacia mí, por fin revelada. Una lombriz de cara enferma, torturada, llena de tiempo interminable y con una tristeza sin fin.

Cuando esta imagen desapareció admití finalmente lo que supe en cuanto me crucé con él: era uno de los hijos mayores de mi tío, con el mismo rictus, su mirada oblicua, acaso con su misma *tenia saginata*.

Llegué al lugar que antes ocupó la casa, vi a los obreros, entre los que sin duda estaban mis primos, moverse cenicientos bajo el polvo blanco.

Luego apareció la calle solitaria que llevaba a los montes donde estaban las siestas con sus cantos de palomas, sus pastos pisoteados y el cuerpo de mi prima. Empezaba a lloviznar.

Apoyándome en el alambrado que aquella vez cruzamos juntos, pensé en mis antiguos deseos de querer salvarla del canibalismo del mundo. En las veces en que, desde el pensamiento, intenté ayudarlos a todos a huir de la desgracia permanente. Quería *detener* esa caída incesante. Pero todo allí había sido siempre como una gigantesca lombriz que se mordía la cola y giraba sin cesar. Me miré las manos, me palpé las rodillas, la ropa humedecida por una llovizna que más pertenecía al tiempo transcurrido que a la tormenta del momento, y sentí que me había salvado. Pero tuve asco de mi salvación.

En el viaje de regreso veía, por el movimiento del tren, desplazarse el rostro de mi tío contra el suelo, con ese rictus a la vez de crueldad y de martirio. Pero según aumentaba la velocidad, los rasgos crueles se borraban dando paso a una triste mirada de lombriz, a esos ojos supuestamente verdes cuya aparición yo acechaba en las intoxicantes siestas de aquellos veranos, amontonados ahora como trastos viejos en el tiempo.

Cuando el tren alcanzó su máxima velocidad en plena

pampa y también en plena noche, se borraron las formas de mi tío proyectadas en el suelo y apareció en su lugar un bloque de recuerdos en el centro del cual había una noche de verano. Él y yo estábamos sentados ante la mesa, en medio del patio, escuchando una orquesta que había venido de la ciudad capital y tocaba en el club del pueblo. Todos los demás dormían. Fue la única vez que estuvimos a solas. La ausencia de otros y la soledad impusieron un diálogo franco hasta entonces imposible. Para rellenar un silencio incómodo, se vio obligado a decirme, oyendo la melodía que llegaba hasta nosotros, algo deformada por el viento: "ese tango se llama *Zorro gris*". Yo no pude responder, asumiendo el hecho insólito de que él me dirigiera la palabra. Todavía insistió, cuando empezó la pieza siguiente: "y ése es *Rodríguez Peña*".

Todo el mundo estaba aquella noche alrededor de esa orquesta tan famosa que por primera vez visitaba nuestro pueblo. Sólo nosotros, en medio de aquel patio inmenso, permanecíamos ajenos a los deseos de la vida real, al mundo, perdidos en la más innecesaria de sus orillas.

Pero había algo muy importante: esa noche habló acaso por primera vez conmigo, sin monosílabos de indiferencia ni largas palabras de castigo. No sólo nombró para mí aquellas piezas musicales; llegó a decirme, creo, que eran tangos muy viejos. Es decir, me dio una parte de lo que tan abundantemente existía en el mundo. Me lo daba a *mí*. Y estaba más que claro que eso constituía el acto de bondad, o

si se quiere de paternidad, que yo le había estado buscando para que se presentase dignamente en la reconstrucción de los recuerdos, en el pasado congruente que necesitamos para acceder al futuro. Con ese hecho definido, él podía finalmente entrar sin lombriz en el espacio de la luz. Y ser como cualquier persona, sin esfuerzo, por pura imposición de la vida.

Cuando bajé del tren y caminé otra vez por las conocidas calles de esta ciudad donde vivo, tan familiares y tranquilas, tan el lugar de mi supuesta salvación, se me vino a la mente la idea de que un cielo para unos pocos elegidos no tenía sentido, porque sería un lugar lleno de remordimientos. Cómo se podía gozar de un cielo cuando había un infierno. Y bastaba el dolor de un solo hombre para impedir la alegría.



Seguía cortando ramas para la nueva vivienda en ese lugar apartado, aunque las palabras que estaba oyendo y los hechos que se imponían demostraran que los actos que realizaba ya no tenían ninguna congruencia. Cortaba ramas inútiles intentando prolongar algo que se iba y en ese mismo instante empezaba a ser pasado, mientras sus compañeros le informaban que los invasores por fin habían llegado con armas y animales feroces no pensados y que ellos habían resuelto entregarles todo a cambio de la vida. Estaban contados y repartidos, incluso él aunque todavía no lo hubiesen visto; y ni su mujer ni su hijo le pertenecían cabalmente ya. Por lo tanto era inútil lo que hacía, debía volver a la aldea y entregarse como todos.

Cada palabra que sus compañeros añadían acerca de la nueva situación le restaba un poco más de veracidad a su existencia, ocupaba un tramo más de lo que hasta ese momento había entendido por realidad. Ésta, al ser sustituida poco a poco por el contenido de las palabras, iba desapareciendo y dejando un espacio vacío que inmediatamente era ocupado por el miedo, patente en los ojos de su mujer, que dejaba caer, por inútiles ya, las ramas que traía. El mundo de pronto estaba dado vuelta, salvo para su pequeño hijo, que seguía cortando ramas tiernas, de esas pequeñas que sirven para

trabar, atento a su tarea mientras alrededor de su boca se secaban los restos amarillos del huevo de avestruz comido esa mañana antes de salir de la aldea.

El aire soleado se puso frío de repente en la mañana detenida por esas palabras terribles traídas por sus compañeros, que abarcando su estatura procuraban meterse dentro de él como un maleficio. Aunque se cerrase para impedir que lo penetraran, aunque se tapase los oídos, ellas atravesaban piel y huesos, lo llenaban por dentro convirtiéndolo en otro, mientras el acto interrumpido que había estado realizando desaparecía para siempre en el tiempo.

Caminaban por montes cambiantes que tenían la apariencia de ser mirados por última vez, sintiéndose observados por los miles de ojos de la fauna escondida que los veía pasar desde sus escondites; los animales comprendían lo que pasaba y también tenían miedo.

Desde niño había oído que alguna vez vendrían unos hombres como dioses, acaso desde el aire, para llevarlos a un no muy bien definido paraíso. Pero para eso tenían que pasar muchas lunas todavía. Ahora habían pasado, y el tiempo se acababa. ¿Volando?, preguntaba sin mirar a nadie. No, pero quizá pudieran hacerlo; y le mostraron un espejo traído por aquellos seres, prueba de su poder. Como el río, le devolvía su cara; pero quieta: indicio claro de que el tiempo se había detenido.

Tienen muchas cosas como ésta, decían las palabras, que

ayudadas por señas describían perros y caballos, ruedas y arcabuces, posibles elementos del cielo presentido. ¿Muchos?, preguntaba refiriéndose a los que habían resistido y murieron, y un monosílabo que duraba más de lo debido respondía: muchos. Si han matado no vienen del cielo, pensaba cuando iban a cruzar el río próximo a la aldea tomada, y oía los primeros ladridos del mundo: escalofríos; le explicaron que los perros eran como armas, pero vivas.

No podía ver todavía a los dioses invasores, pero sentía sus presencias. El paisaje corriente era otro. Como si hubiesen talado los árboles, que sin embargo permanecían en sus sitios. Los animales del monte y del río eran claramente una posesión de ellos, seguramente también habían sido repartidos y contados. El poder de aquellos hombres dioses vivía por sí mismo, y no era necesario que estuviesen presentes para verlos. Sin llegar, habían llegado con su verdad tremenda hasta la choza que estaba construyendo en las afueras, un lugar que acaso nunca vieran pero que también les pertenecía. Eso pensaba, o alguien lo estaba pensando por él. Los pensamientos venían de afuera y tampoco eran suyos.

Sin palabras para poder nombrarlos, los vio. Perros y caballos, como enormes pesadillas, estaban atados a los árboles familiares. Hombres armados vigilaban la aldea rodeándola, cuidando el espacio, seguramente sagrado desde ahora. Todo había sido hurgado en busca de metales que brillasen, hasta las urnas funerarias. Y todo lo hacían

ululantes en una lengua de otro mundo, sin duda hija menor de las palabras roncadas de los arcabuces que producían muerte instantánea con su voz.

Entró en su aldea como un intruso y se entregó. No se atrevía a mirar de frente a sus guardianes: observaba fijamente las botas, y la mirada, subiendo, no iba más allá de la empuñadura de la espada. El guardián, con palabras y acciones, protagonizaba hechos de los que él estaba excluido. La presencia de las armas le demostraba que los movimientos que él pudiese llevar a cabo en esa situación pertenecían al guardián, cuya realidad anulaba a la de él. De los dos, sólo existía el otro.

Con la puesta del sol llegan los ruidos y las prisas, los gritos de mando, el correr en la oscuridad empujado por la presencia de los arcabuces. Hay que alzar bultos y llevarlos a través de la selva oyendo los gritos de las aves nocturnas agoreras, los animales que huyen ante el paso de los hierros, las espadas que cortan la maleza y dejan ver la luna que hace llorar a los perros. Un caballo que pasa a su lado y lo roza no lo muerde, no dice nada el caballo que es bueno, y con las primeras luces el rumor del mar que separa a los vivos de los muertos.

Desde el bote vio la carabela, con sus grandes alas posada en las aguas dispuesta a remontarse en cuanto llegaran ellos. Sintió que vivía un momento muy preciso, en que la tierra y el mar estaban quietos, sin tiempo. Lo metieron en el bote. Uno de los hombres apoyó la punta de un

remo en el extremo de la tierra y la empujó, tan grande era su fuerza. El mar permaneció quieto mientras la tierra empezaba a alejarse. Todo se iba ahora: la orilla, y más allá la selva con sus jaguares y sus pájaros, la aldea y las urnas funerarias que quedaron sin desenterrar, el tiempo de la caza y de los frutos, la molienda del maíz y el nacimiento de los hijos, todo se iba para atrás empujado por el remo del dios. Tanteó bajo su ropa la flecha de piedra verdosa, el amuleto y la pipa de arcilla que su mujer le regaló cuando durmieron juntos por primera vez. Se llevaba todo eso al otro mundo.

El navío no era un árbol gigantesco que hubiesen ahuecado. Allí había miles de árboles cortados y trabajados de tal forma que combinados formaban un gran hueco que flotaba. Ellos trepaban fácilmente a lo alto de la carabela por la cuerda que la unía con el bote. A él, en cambio, se le paralizaban las piernas. Dos hombres en los que vio los ojos de ellos por primera vez y parecían mansos, lo izaron como si su cuerpo no pesase. La tierra que dejaba parecía volar. Los grandes árboles de la costa se empequeñecían hasta el tamaño de una planta de maíz. Podría haber hombres en la orilla, retrocediendo con la tierra, pero eran imperceptibles, y mucho más el niño todavía, con su boca manchada de amarillo por los restos del huevo de avestruz.

Desde el palo donde estaba amarrado, percibía el asombro de los hombres que subían desde lo hondo de la nave para mirarlo. No todos tenían la cabeza metalizada y largas

barbas. También los había corrientes como él. Vio caras enfermas, ojos hundidos, manos rotas de tanto manipular cuerdas y trapos, miradas dulces y tristísimas.

Eran los mismos que gritaban y se movían nerviosos entre las cuerdas y los palos cuando las olas, furiosas contra el viento, se hinchaban como grandes ampollas iracundas. Corrían de un lado a otro ante las voces de mando, recogían los trapos izados en los palos, y el viento y los hombres ululaban como si compartiesen una misma lengua.

El navío se dejaba penetrar por el mar mientras la tierra se alejaba navegando a lo lejos con sus ríos y montañas, sus nubes y sus cóndores, el niño y el calor del cuerpo de su mujer. Por un mar que él ahora veía en partes minúsculas, en el fondo de la carabela que hacía agua, en el cubo con que intentaba reducir el líquido para que lo echasen otra vez al mar.

Carabela que era una pura simulación. Eran verdad los ríos y animales que recordaba, el alumbramiento de las mujeres y las bestias, los vivos y los muertos. Todo esto era en cambio un violento equilibrio, algo que había sido armado y estaba apenas sostenido por un mecanismo precario. Si el cubo no sacase afuera el agua que entraba por los huecos, ya estaría hundida. Si los árboles trabajosamente modificados y atados entre sí se desatasen para volver a ser árboles, la carabela se llevaría todos esos sueños al fondo del mar, hombres, perros y caballos, arcabuces y fuegos. El mar no era natural como la lluvia. Nadie podía vivir sobre él, ni

siquiera las aves. Los que lo desafiaban no pertenecían a este mundo: o eran dioses o estaban muertos viajando hacia inútiles paraísos.

Las estrellas, que ahora eran otras, también se habían ido con la tierra tras el empujón del remo. Para liberarse mentalmente de los duros trabajos que le imponían, se aferraba al hecho de que la sucesión de la luz y de la sombra no había variado, ni el sueño y la vigilia pese a las agotadoras jornadas. Esto era lo único cierto por ahora. A estas cosas no habían podido modificarlas atándolas con sogas o cadenas, ni matarlas con los arcabuces ni morderlas con sus perros. Lo demás era sin duda una pura invención que cualquier día se destruiría sola, cuando acabase de ser algo como un sueño que no puede durar más de lo debido. Inventos los viajes, inventos los metales que cubrían sus cabezas, invento el fuego de sus armas, puros inventos sus palabras incomprensibles, espejos y papeles, sus barcos con sus trapos al viento, sus barbas y sus gritos, su crueldad y su silencio. ¿Qué hará a esta hora el niño que apenas se alzaba de la tierra? ¿Quién lo protegía del mal tiempo y de las fieras del monte? ¿Cómo era la piel de su mujer y hacia dónde habría llevado el viento las ramas de su choza? Aquello tampoco podía ser cierto ya, de tan lejos que estaba, de tan empujado por la punta del remo. Entonces era cierto que estaba cruzando el mar, o el mar a él, como nadie puede cruzarlo estando vivo; entonces era cierto que se estaba dirigiendo al paraíso adonde iban los abuelos a fumar pipas interminables,

66

entonces él mismo era tan irreal como los hombres que lo llevaban no sabía hacia dónde.

De noche, unos pequeños seres vivientes le hacían compañía en su rincón. Sus desplazamientos caprichosos coincidían a veces con los de los hombres, pero eran tan veloces que escapaban a sus pisadas. Cuando no lo conseguían, bajo los pies reventaban sus cáscaras oscuras con ruido de fruta seca que se aplasta con piedras. No tenían sangre, apenas un líquido que duraba unos momentos hasta que la madera lo absorbía. Había otros, más grandes, que roían la madera, se comían la nave poco a poco y desaparecían si alguien se acercaba. Apenas había podido ver el brillo de sus pequeños ojos, atisbar una larga cola cenicienta. Vivían entre el poco alimento que llevaban y de noche eran los verdaderos dueños de la embarcación.

Los hombres y la nave, las estrellas y los soles, todo estaba encerrado en el mar. Y el mar no era el agua. Las aguas pertenecían a los ríos. El mar era de espacio, de espera sin nada atrás ni adelante. No lo dejaba estar consigo ni tener recuerdos. Todo lo contenía y desbordaba al mismo tiempo. Aunque se reunieran mil carabelas como ésa y mil hombres en cada una, el mar estaría siempre solo. No admitía compañías de ninguna naturaleza. El era su color, su ruido y su espuma. Era lo que estaba detrás de todas las cosas, el padre, el principio. Y estos hombres formaban parte del mar. Los había visto correr enloquecidos por la cubierta cuando llegaban las tormentas. Lo insultaban, no le temían.

Ellos y los arcabuces comprendían el lenguaje de las tempestades. Eran todos de la misma tribu. Con sus gritos, ellos mismos se convertían en arcabuces de matar tormentas.

Si el mar era el camino de los abuelos muertos y, como parecía, no terminaba nunca, entonces los muertos nunca llegaban a ninguna parte y morir era estar viajando siempre, o estar quieto mientras la tierra se alejaba cada vez más sin regreso posible. Pero si acababa en alguna parte, entonces estaban camino del paraíso. El sol nacía y se ponía en el mismo mar, o sea que contenía también al paraíso vislumbrado. La tierra y su noción habían desaparecido. Miraba el viento inflado de las velas y sentía que iba hacia ese lugar sin frío ni enfermedades, donde por cada fruta que arrancabas del árbol brotaba otra en un lugar simétrico, donde vivías para siempre porque estabas en un camino que no termina nunca.

Acompañándose con una madera musical, los hombres cantaban y bebían. A él también le dieron a beber ese licor morado y luego pusieron en sus manos la madera. Tenía forma de cuerpo de mujer y muchas cuerdas. El podía tocar en una de ellas, contenía sonidos que conocía y otros que no había oído nunca. Se puso a cantar, los otros lo escuchaban meciendo sus cabezas y sus copas. En el canto les agradecía la bebida y les preguntaba de dónde eran ellos, los caballos y los perros, quién les había regalado los arcabuces y la carabela, adónde lo llevaban, por qué habían matado y qué les pasaría a los que quedaron allá bajo custodia de otros

como ellos. Cuando el canto terminó, le dieron palmadas amistosas y esa noche lo dejaron dormir sin vigilancia. Los sonidos de la madera musical siguieron hasta muy tarde y se perdieron con él en el mismo sueño.

Despertó como siempre, aferrado a los objetos que traía de allá, que todavía lo conectaban con su antigua existencia. La nave estaba quieta, serenísima. También el mar, que por fin había terminado. Entorpecido por el asombro, contempló alucinado un enjambre de líneas y de curvas corporizadas: las altísimas torres y agujas del paraíso.

Las casas del cielo presentido parecían flotar en el aire, pero sus piedras estaban firmemente clavadas en el suelo, una tierra rojiza y porosa, como recién arada. Perros y caballos se movían sobre la hierba como soñados, lo mismo que los árboles, de los que nacían las carabelas. Y existían los pájaros, como allá. La revelación del paraíso era lenta, no iba en el mismo ritmo de su ansiedad, que quería verlo todo de una sola mirada y hasta sus confines. La tierra no era plana, subía y bajaba en ondulaciones impidiendo una visión total. La gente de los pueblos se asomaba a las puertas a ver pasar a los soldados, y todos fijaban sus ojos en él, miraban especialmente las plumas de su cabeza y el papagallo que llevaba en la jaula. El sol se había levantado mucho, emergido del mar distante. El paraíso parecía no estar en el otro mundo, y si lo estaba, había un mismo sol tanto para la vida como para la muerte.

Vio que sobre un río había unas piedras curvadas de manera que se sostenían sobre el agua casi sin apoyo, de modo que los habitantes del paraíso podían vadearlo sin canoas y sin mojarse los pies. Los mismos árboles que habían sido doblados hasta convertirlos en carabelas, aquí podía verlos curvados hasta tocarse los extremos de sus troncos, sin romperse, cruzados con

palos en forma de estrella; arrastrados por caballos, giraban; objetos y personas se trasladaban de un lugar a otro sobre ellos.

Caminaba junto a un caballo mirando sus ijares sudorosos y las botas del soldado. Comprendió que el animal era manso e incapaz de utilizar espadas o arcabuces. Un animal como cualquier otro, y además hermoso. Le dijo unas palabras amistosas. Vio que movía las orejas, es decir, lo escuchaba. El soldado sonrió.

De la casa más alta de una aldea, rematada en torre, llegaba una música de campanas. La oyó debilitarse hasta que el pueblo quedó atrás con sus techos rojizos y la gente asomada a las puertas, hasta que desapareció detrás de otra ondulación. Hombres, carros y caballos ondulaban sobre la superficie del paraíso mirando pueblos que se asomaban y desaparecían.

Encuentra que aquí los rostros de la gente no son diferenciados, como los de allá. Parecen todos iguales, en cada uno el mismo rictus o dibujo. Miles de caras idénticas lo miran asombradas. En el espejo que le han regalado mira otra vez la suya, y no es como estas otras. Hay un color distinto, labios diferentes, hay esas plumas que le obligaron a ponerse no siendo su momento. Se ve semidesnudo. Miles de caras repetidas, en realidad una sola, desplegada y monstruosa, lo miran con el mismo interés que al papagallo. Y se avergüenza. Es un monstruo rompiendo la armonía del paraíso cuidadosamente embellecido y cultivado.

En todas las aldeas hay una casa más alta con una torre

71

para las campanas. Todas iguales, como las caras de la gente. La caravana se ha detenido ante una de ellas, los jefes de los soldados han entrado. De adentro sale una música intolerable, miles de quenas enormes sopladas a un mismo tiempo; luego un murmullo de voces como el ruido de los ríos en la noche. Pasan caras que lo miran desde alguna distancia, a él y al papagallo. El soldado y su arcabuz, que aquí también es poderoso, no permiten que se le acerquen demasiado. Hay muchos viejos desharrapados estirando una mano hacia los soldados y las personas ricamente vestidas que van a entrar en esa casa; abundan los niños descalzos, que también estiran las manos implorando; hay hombres y mujeres que muestran objetos o alimentos y pregonan, plañido de pájaro lejano en el monte, algo tristísimo; perros mansos, caballitos grises y animales de lana andan mezclados con la gente que implora; las voces que vienen del interior de la casa son también plañidos de pájaros del monte, no sirven para hablar, suenan como llanto, y ya los soldados salen de la enorme casa con campanas que suenan igualmente tristes.

Los guardianes permiten que un hombre envuelto en paños negros se acerque a él más de lo debido, que le habla intentando, con interminables movimientos de sus manos, traducirle lo que está diciendo. Luego le da una figura donde una mujer hermosa sostiene a un niño en brazos. El intuye que la mujer y el niño de la estampa viven dentro de esa casa.

Hay voces de partida, y una mujer que trae una vasija con agua habla con el soldado, que le permite acercarse. La mujer se

le aproxima hasta casi rozarlo y le da de beber mirándolo intensamente, sus ojos son muy verdes. Una mirada que se apresura a guardar dentro de sí, que es como una piedra verde encontrada en el fondo de un socavón. Guarda también el olor a hierbas de la mujer que lo está mirando en este formidable final del mar que está percibiendo en esos ojos. Los carros se mueven, el soldado lo empuja para que camine, la mujer verde empieza a alejarse y cuando llegan a lo alto de la ondulación y la aldea desaparece, todavía hay en el aire, titilando, dos puntos verdes como una picadura de serpiente .

Camina con cuidado como si transitara por los ojos que lo han mirado. Sabe que las cosas buenas que hay en el mundo son hermosas por haber sido contempladas por los dioses cuando las hicieron. Siente que el aire que viene de la montaña se demora en su cuerpo casi desnudo y presiente que su perfil ahora es algo casi perfecto contra el viento. Perros y caballos pierden su rigor y empiezan a dulcificarse; y cuando el pueblo ha desaparecido se huele brazos y manos, el viento trae el aroma de las hierbas, él mismo huele a eso, huele a ella.

Muy adentro del paraíso hay una lluvia interminable con un largo descanso que le permite recomponer lo visto. Paraíso, pero los perros qué; y también están los mendigos, los castigos y las cárceles, los hombres de negro en sus casas de campanas y lamentos, los señores de grandes carruajes y los ciegos, millares de mendigos, arcabuces y puñales. Las carabelas flotan por milagro; el árbol curvado de las ruedas del carro que pasa sobre el puente podría enderezarse buscando su primitiva

posición; entonces las ruedas, desplegándose para volver a ser troncos, dejarían caer todo al fondo del precipicio. Estos hombres enloquecidos pueden perderlo todo en un momento. Caballos y arcabuces podrían rebelarse y volverse contra ellos. Han armado artificialmente un mundo que en cualquier descuido puede desarmarse. Por qué hay tantos mendigos y adónde está la comida para ellos. Los hombres viven juntos pero se castigan, hay garrotes y cuchillos y gentes sin defensa, y en casi todas las caras hay tristeza, ése es el rictus que los hace idénticos; todo está como para caerse, como para morir, hermosos cuerpos que se ocultan bajo la ropa como si tuviesen vergüenza de estar vivos, adónde están los dioses, y todo tan triste entre campanas; gente vestida que nunca juega, todo se hace con seriedad en el paraíso, nadie puede mirar el cuerpo del otro y ni siquiera el propio, cuerpo triste que no juega, siempre mezclando árboles rotos con piedras labradas para hacer casas y campanas y grandes puertas para templos donde encerrar el llanto o el miedo; campana y arcabuz, mendigos y garrotes, alguien llora afuera bajo la lluvia y la noche; tristes las lluvias del paraíso, y tan solos que están todos mezclando piedras y maderas y metales, navegando, mendigando, castigando, custodiando, rezando, ocultando la hermosura de sus cuerpos como si les tuviesen miedo; lloran bajo la lluvia, son dioses pero ellos no los tienen, viven armando permanentemente un paraíso que tiende a desarmarse; si se distrajesen un instante para jugar a la alegría, se les vendría abajo con sus casas, sus castillos, sus príncipes, sus caballos, sus mendigos.

Ululando como carabelas en vientos de tormenta, miles de criados y soldados se entrecruzan limpiando calles y monumentos, ahuyentando a los mendigos, tendiendo alfombras vírgenes entre la calle y el gran palacio iluminado a la espera del elegido, cuyo carruaje de estrellas ya se acerca. Protegido por mil hombres desciende de la carroza y penetra en el palacio donde hay mil luces encendidas. Y mientras sube al trono, llegan soldados donde él con su papagallo espera, le acomodan en la cabeza las plumas que a él no le importan, le indican cómo debe actuar cuando llegue a su augusta presencia.

Hombres maravillosamente vestidos se acercan aunque no demasiado al que está en lo alto de su silla de oro, en su corona hay piedras como grandes lágrimas solidificadas. Todo él es una joya viviente, y el palacio una joya mayor. Pero si este hombre alzara una mano iracunda, una sola, el palacio entero desaparecería. Desde el mar hasta aquí, todo lo visto, gentes y ciudades, se amontona medroso alrededor de él, que es su centro. Las carabelas son sus orillas, el mar es una orilla suya, la choza que no pudo terminar en su aldea es una hilacha disimulada en el extremo de su manto de perlas recién nacidas, y los mendigos ocultos son sus piojos.

Un soldado le dice que avance lentamente con su jaula. El da unos pasos y se inclina como le han indicado que lo haga, y ve que el señor del manto lumínico fija en el papagallo unos ojos de pescado. Alguien le levanta la mano con que sostiene la jaula para que el señor mire mejor, él aprovecha para mirarle la cara lechosa, se dice que sus ojos no son ni buenos ni malos,

son de pescado solamente. Todas las joyas y el oro y los tapices y las luces y las ciudades distantes, alrededor de esos ojos indolentes que son el centro o el corazón del paraíso.

Ha vuelto a su sitio con su jaula, ahora debe esperar sin moverse hasta que le ordenen salir. El señor del manto se levanta entre músicas, sale escoltado y sube a su carroza de caballos azules. Los criados comienzan a apagar las luces, ya han recogido la alfombra de la calle. El carruaje se aleja, en las casas se abren las ventanas, la gente vuelve a la calle, se acercan los mendigos y la noche.

Las carabelas fueron hasta su aldea para traer el poco metal precioso que allá había. Unas ínfimas pepitas de oro que apenas serán un brillo muy pequeño entre las luces y las perlas. Algo está comprendiendo. Permanece en el sitio que le han fijado, sintiendo que estando allí tan quieto sosteniendo todavía la jaula del papagallo, contribuye a sostener el peso del paraíso. Recuerda que no debe moverse de allí hasta que se lo ordenen. Si se moviera, podría abrirse una rueda o caerse una torre con campanas. Se queda inmóvil manteniendo el equilibrio del palacio. No se atreve a quitarse una pluma que le hace cosquillas en la nariz.

El hombre de negro roció con agua su cabeza, trazó rayas en el aire y lo llamó José. Su guardián, cuyas tierras trabajaba, le dio palmadas cariñosas y también lo llamó con ese nombre; con lenguaje de manos le dijo que ahora había dejado de ser un animal y era persona como él y como todos; un Dios verdadero de

ahora en adelante lo protegería para siempre, ahora mismo podría verlo en el altar del templo. También allí había oro, y cuadros que parecían vivos, columnas altísimas y ventanas cerradas donde el sol cambiaba de color. Buscaba a su dios entre los muchos que veía. Los había con alas y eran como niños, hembras y machos todos hermosísimos. El guardián le hizo girar la cabeza hacia el altar. Su dios estaba clavado entre dos palos cruzados, colgaba de ellos con una herida en el costado, donde una sangre detenida no se derramaba. No puede ser, dijo en su lengua, pero el dedo del guardián seguía apuntando hacia el dios yacente. Está muerto, dijo, y quiso decir más, pero las palabras no salían, se quedaban en el miedo.

(Continuidad, en la página siguiente)

Quería preguntar quién lo mató y por qué, acaso aquellos perros iracundos. El guardián se hacía cruces en la cara y en el pecho. La gente rezaba porque sabía que también iba a morir, como su Dios, todos tendrían una herida en el costado. A él le temblaban las rodillas con el mismo miedo que vio pintado en la cara de su mujer cuando llegaron ellos, ahora sabía que con el agua que echaron sobre su cabeza había comenzado a morir, lo clavarían como a dios sobre dos palos cruzados. En su aldea la muerte era una puerta que se abría; aquí, se cerraba para siempre. Por eso la gente estaba siempre triste, por eso los arcabuces y los perros; por la misma razón cubrían sus cuerpos, no jugaban a la alegría. Se ocupaban de hacer permanentemente el paraíso sólo para distraerse de la muerte. Los abuelos, allá, no morían así: simplemente se iban. Pero él, que ahora se llamaba José, se quedaría en una cruz cuando muriera. Y esto era lo malo del paraíso, la muerte en vez de abrir la puerta la cerraba.

Al salir del templo sintió que su morir se trepaba por su cuerpo desde los talones y andaba con él y con su sombra por la calle. Los mendigos lo miraban con ojos de morir; los ojos de pescado del señor del manto y la corona estaban mirando la muerte tras las joyas y las luces; las carabelas cruzaron el mar en busca de adornos para la muerte, presente en cualquier lugar del paraíso. Le dolían las piernas de tanto llevarla, bajo el

78

nombre de José. Apretó fuerte en el bolsillo los objetos que había traído de allá. Todavía estaban vivos.

Hoy es tu día libre, dijo el amo guardián, y le recordó con gestos severos que tenía que estar de vuelta a la puesta del sol. Un día era un trozo muy pequeño del tiempo que él estaba acostumbrado a medir por lunas y cosechas. Aquí lo destrozaban y encerraban en jornadas, y así el tiempo verdadero no existía para nadie. Pero de todos modos era su primer día libre, después de tanto tiempo. Podía descansar hasta la noche o irse donde quisiese. Perderse en el campo verde con el sol recién salido parecía un buen suceso, pero caminar en aquella dirección significaba ir pisando su sombra, cosa que no era conveniente en un día como éste. Prefirió caminar hacia el sol que subía, en ese rumbo estaba la gran ciudad que había entrevisto de pasada, sobre la cresta de una ondulación sobresalían ya sus agujas y sus torres.

Unos gemidos que le trajo el viento lo llevaron a una plaza cerrada donde miles de personas, sentadas en unas gradas de madera en los costados, contemplaban una hoguera. El conjunto parecía una nave, como el templo donde le impusieron su nombre, con dioses como allí pero vivos, de carne y huesos como él. El más importante de ellos, bajo un dosel, en vez de estar clavado en una cruz sostenía una, muy pequeña, entre sus manos. El resplandor de las llamas permitía percibir claramente su mirada: una crueldad piadosa en la locura. Unos hombres con las manos atadas y bonete en la cabeza eran sacados de unas cuevas

79

profundas por soldados de a caballo, y los exponían ante la mirada de aquel hombre, que dijo *relapsos* sin soltar la cruz, seguramente el nombre de alguna almaña repugnante. Los caballos, enfurecidos por la palabra que acababan de oír, portando sobre ellos soldados igualmente enfurecidos, empujaban a los *relapsos* hacia el fuego, mientras la palabra, no interrumpida por ninguna otra, seguía flotando en vuelos circulares ante el gran silencio de las cabezas asomadas a las ventanas que daban a la inmensa nave.

Sus impulsos de huir se contuvieron cuando vio que el espacio se colmaba por un enjambre de mendigos atraídos por la fiesta del fuego. Para salvar a las víctimas que esperaban ser calificadas de *relapsas* y arrojadas a las llamas, mientras otras seguían saliendo de la cueva, deseó intensamente el nacimiento de una esperanza: que todas las maderas del paraíso se desclavasen para volver a ser árboles y la tribuna cubierta por el dosel se viniese abajo con los dioses que ordenaban la cremación, y los árboles retorcidos hasta el dolor para ser ruedas volviesen a su estado natural convirtiendo aquella plaza en un bosque, y perros y caballos trepando a la tribuna mordiesen las piernas de los dioses vivos que pronunciaban las sentencias, y que una lluvia apagase la hoguera y el paraíso entero se desarmase para siempre.

Esperó unos instantes. El deseo era tan intenso que lo deseado parecía estar a punto de producirse. Pero las maderas resistían, los clavos habían sido puestos a fondo, el humo y el olor de la carne y de los trapos que se quemaban ascendían

hacia el cielo limpio.

Dos hombrecitos con bonete, unidos por la misma cuerda cuyo extremo acaba en un soldado, oyen la palabra relapsos, que empieza sus vuelos circulares cuando la otra no ha desaparecido todavía, sobre la muchedumbre vuelan dos palabras negras de alas cenicientas. Cuando la lectura de la sentencia termina, un sacerdote dice palabras amorosas a los hombrecitos, que empiezan a dar unos alaridos que alteran la pasividad de los caballos, y el que ahora se llama José puede ver claramente que con esos gritos el paraíso acaba de dar un paso hacia el infierno mentado por los sacerdotes.

Un soldado los desnuda suavemente, caen trapos y bonetes, uno de ellos es hembra. Que le tapen las vergüenzas, ha dicho una voz, y sus cuerpos hermosos con vergüenzas ocultas son atados a los postes que los acompañarán hasta el final. Los gritos, en el fuego, duran poco, como si también se quemaran, no pueden subir a la altura donde revolotean los relapsos en vuelos circulares. Los caballos, bajo los soldados, contienen un miedo que desea estallar; sin necesidad de pegar su oído a sus cuerpos, José puede oír cómo sus corazones caballunos se mueven adentro en turbulencias.

Entre una ejecución y otra, hay pausas, papeleos, demoras, tan terribles como las ejecuciones mismas, que tanto valen para prolongar la anterior como para anticipar la siguiente; pausas donde la misma realidad del paraíso parece vacilante o suspendida.

Los relapsos y el sacerdote bondadoso, esperan; el fuego,

los dioses vivientes en lo alto de la tribuna, y sus sombras movedizas, proyectadas por el fuego contra los muros, esperan durante una pausa de la mecánica que sostiene las ejecuciones; también esperan las aldeas y las carabelas en el mar. Y todo eso es para darle más certeza a la muerte.

Cuando la pausa acaba, el sacerdote bueno habla a los oídos de otros condenados; un soldado los desnuda, otro los quema. El fuego brilla empequeñecido en los ojos de hombres y caballos; las carabelas flotan sin hundirse un milímetro en los mares lejanos; todo funciona a pesar de la precariedad. Hay una persona para cada cosa; dioses y carceleros, inquisidores y fiscales, mendigos y notarios, nuncios y alguaciles; todos sosteniendo la mecánica del paraíso. Arcabuces y caballos son sus signos, todo amontonado alrededor del oro que los desvela, alrededor de las llamas que son oro volátil derretido perdiéndose en el aire.

El fuego es más rápido con las palabras que con los cuerpos, pero hay un sonido que se le escapa, que dura más que los otros y alcanza a llegar con su sentido a los oídos de José. *Ay dios de mi alma*, dice el gemido, él lo guarda en su interior junto a la mirada verde de la mujer que le dio de beber, son dos cosas que se llevaría del paraíso si pudiera abandonarlo.

Todo, piensa, sucede porque el dios que adoran está muerto; y porque existen ruedas, arcabuces y perros, puentes y campanas. Los dioses vivos que pronuncian las sentencias, los mendigos y los que llenan las tribunas, han venido para mirar variaciones de la muerte que está guardada en la cruz dentro del templo,

que hoy tiene su día libre como él, su fiesta. La están armando como se arma una carabela, destrozando personas como árboles. Siente que el nombre que le han dado lo incluye en el entramado mortuorio, sube por sus piernas mientras él olvida el que le daban en su aldea, sonido sin sentido después de esto, quién se acuerda ya, ahora es un José en trance de relapso que tiene que volver a la casa del amo antes de la puesta del sol que ya se ha puesto.

El nombre le reptaba en el interior buscando una salida, y duele como quemadura. Desea volver y pedirle al amo que le ate fuertemente el cuerpo para impedir que la palabra suba hasta su corazón. Piensa que si el dios muerto viviera y viera todo eso, daría un alarido entre sus palos secos; ay, carne de mi alma, diría antes de quemarse en la hoguera junto con su cruz.

Un ahogo le anunció que su nombre ya estaba por entrar en el fondo de su pecho. Como pudo se abrió paso en la muchedumbre y abandonó la plaza. Sintiendo plenamente *José*, podía oír ahora el sonido de la palabra recorriendo su sangre. Las memorias de la tierra que había dejado se borraban en un fuego secreto. Había anochecido. Desde la cresta de la ondulación donde estaba ahora veía las luces de la casa de su amo, el mismo que lo custodiaba en la carabela y le dio a beber el líquido morado que alegra los sentidos. Le pediría que lo atara fuertemente para impedir, como se hacía con las picaduras de serpientes, que esa tristeza insoportable, cuyo nombre desconocía, siguiera recorriendo su cuerpo como una sangre envenenada.

Intentó llamarlo con un grito que no salió, ahogado por su nombre José, enteramente dueño de él. Trastabilló cuesta abajo tratando de marchar hacia la luz divisada, hasta que fue a caer en cualquier lugar del interminable paraíso.

Con el último resto de su día libre y de su vida alcanzó a llevarse una mano a la boca para quitarse un delgadísimo hilo de saliva o de sangre que le recordó fugazmente una mancha de huevo de avestruz. La mancha amarilla se iba perdiendo en la maraña de la muerte mientras el paraíso seguía navegando firmemente con su precaria armazón de piedras y crueldades, campanas y locuras, nadie sabe hacia dónde.

(1980)

